

EL PLANETA DE LOS HOMBRES PERDIDOS

H. S. THELS

El planeta de los hombres perdidos

Colección ESPACIO

El planeta de los hombres perdidos

por

H S Thels

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Ediciones TORAY, S. A.

Depósito legal: 9506 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

EL PLANETA DE LOS HOMBRES PERDIDOS

MENSAJE:

«Yo, Ives Brun, natural de París, donde nací el 22 de noviembre del año 2018 de la Era Cristiana y Decimocuarto de la Era Espacial, miembro de la expedición cósmica que se llamó «Operación Espacio», envío este mensaje, con la esperanza que llegue a la Tierra.

»He utilizado, en última instancia, el cohete monopropulsor de mi propia astronave. El cohete abandonará este planeta dentro de unos minutos y llegará, si Dios lo quiere, a la zona de asteroides, donde quedará flotando hasta que, con un poco de suerte, sea encontrada por algún astrocohete de servicio de las Grandes Líneas, del Sistema.

»No es este mensaje un S.O.S., ya que de nada serviría para mí... ni para los otros, sino una advertencia para aquellos que desconocen aún la existencia, entre Urano y Neptuno, fuera de las rutas comerciales corrientes, de este minúsculo planeta al que —¡con cuánta razón!— hemos llamado Tanos, el mundo de la muerte.

»El día que nuestros hombres de ciencia, basándose en los datos de cosmografía que acompaño, precisen su posición, deberán marcarlo dentro de un círculo rojo... ¡Que nadie venga a él! No hay esperanza para los que lo abordan, si es que la esperanza pudiese poseer algún significado en este mundo espantoso.

»¡Cuidado, hombres!

»Evitar esta ruta es un deber, porque no hay trampas concebibles, ni modos de ser posibles que puedan compararse a esto. Jamás, aunque lleguemos a las más lejanas estrellas, a los más recónditos rincones del Universo, tropezaremos con un «modo de ser» como el que mis desdichados compañeros y yo hemos encontrado en Tanos.

»A veces, cuando me pongo a pensar en la irrealidad o realidad de lo ocurrido, creo haber padecido una pesadilla inconcebible. Pero, al abrir los ojos, al verme, al ver a los otros, la realidad me demuestra que, desdichadamente, las cosas han ocurrido así.

»Yo, Ives Brun, juro ante lo más sagrado que todo cuanto he escrito es la escueta verdad. ¡Creedme, hermanos de la Tierra! Y evitad, sea como sea, que vuestras astronaves lleguen hasta aquí. Porque, lo creáis o no, Tanos está... más allá del infinito.



CAPÍTULO PRIMERO



ERRÓ el libro, cuando acabó la lectura y levantó los ojos, mirando a los otros.

En todos los rostros se reflejaba la misma expresión de entusiasmo, de muda admiración. Y los ojos poseían ese brillo especial que pone en las miradas el fuego de una juventud ávida de aventuras, que no se preocupa demasiado por el peligro.

—¿Qué os ha parecido? — inquirió Ives, que era quien había leído el libro.

—¡Maravilloso!

—Es estupendo —dijo Luigi—, francamente estupendo. Y nos demuestra que los jóvenes del siglo XX comprendían su deber.

—¡Eran unos valientes!

Ives ojeó la portada del libro, observando la silueta de la Kon-Tiki, aquella nave primitiva con la que se había realizado un viaje que demostraba

intrepidez y ansia de aventuras.

—En nuestra época—dijo Hermann — se han terminado esas hazañas. Todo está explorado y si quisiéramos imitar a esos valientes, se reirían de nosotros. ¡No hay océano que no haya sido recorrido por todos los medios!

—Te equivocas.

Todos se volvieron hacia William, que se había puesto serio.

—¿Qué intentas decir? —inquirió Jack Trempson.

—Que hay un sitio — repuso Swatz — donde puede repetirse una aventura como ésa que acabamos de oír.

—¿Dónde?

—En el espacio.

Se miraron, intensamente, sin decir nada.

Hasta que Ives, rompiendo el silencio, dijo:

—Hermann tiene razón. Sólo que ha olvidado lo caro que resultaría algo como lo que acaba de imaginar.

—¿Caro? —la voz del alemán temblaba de impaciencia—. ¿No querrás que fletemos una astronave ultramoderna? —señaló el libro que Brun tenía aun entre las manos—. Esos valientes no necesitaron un acorazado para atravesar los mares.

—¿Qué quieres decir, Hermann?

—Que el verdadero mérito sería utilizar una vieja astronave, de aquellas que se emplearon a finales de siglo para las rutas de Marte. ¡Podríamos llamarla «Kon-Tiki»!

Intervino Luigi:

—El espacio no es como el mar, amigos.

—¿Por qué no? — inquirió Lina, que era la primera de las muchachas que hablaba—. El mar era para nuestros abuelos lo que es el espacio para nosotros. Hermann tiene razón: sería una cosa magnífica emular a los héroes de la Kon-Tiki con una nave del espacio de las que ya nadie utiliza, pero que fueron las únicas que surcaron el cosmos hace cincuenta años.

Hubo un silencio.

—Me estáis tentando —dijo Ives.

Y después de una pausa:

—De todos modos — agregó — hay que pensarlo bien y, sobre todo, ponernos de acuerdo respecto a la ruta que hemos de seguir.

—La Kon-Tiki atravesó el Pacífico. Nosotros podríamos llegar hasta Plutón.

Ives lanzó una carcajada, mirando a Luigi, que era el que había hablado.

—¿Has perdido la cabeza, amigo mío? Ninguna de las astronaves de las que hemos hablado podría llegar a Plutón, ya que las pilas se agotarían antes de que llegásemos a Urano.

—¿Y no podemos repostar en Marte, luego en Júpiter y así sucesivamente?

¡Luigi tiene razón!

—Yo creía —dijo Ives — que deseabais una travesía sin escala.

—Podemos hacerlo — repuso William — hasta que no nos sea posible seguir más. Pero, por desgracia, nosotros no podremos alimentarnos con plancton, como los de la Kon-Tiki; en el espacio no hay nada de eso.

Hubo un silencio.

Cada uno de ellos meditaba profundamente, buscando soluciones a aquel problema que, con esa fuerza de la juventud, se estaba convirtiendo de proyecto en decisión irrevocable.

Había bastado la lectura de un libro de aventuras de mitad del siglo XX para que aquellos jóvenes se sintiesen irresistiblemente impulsados hacia lo desconocido.

Todos ellos eran miembros de la Universidad Internacional de París y formaban un equipo unido por lazos de sincera amistad. Habían venido de distintos países de Europa y América, reuniéndose por una serie de coincidencias afectivas que les separaban tangencialmente del resto de sus compañeros, hundidos en el snobismo del siglo XXI.

En efecto, el avance técnico conseguido y las conquistas espaciales habían dado al hombre una peligrosa mentalidad de «Dueño del Espacio». Se hablaba ya, en ciertos círculos, empapados en la pedantería del tiempo, de «destino cósmico de la criatura humana».

Nunca, hasta aquel momento, había llegado el engreimiento de la gente hasta tal punto.

Y era natural.

Las desastrosas experiencias del último decenio del siglo anterior, la Guerra de las Treinta Horas, el abandono que se había hecho, en América y Rusia, de amplias zonas afectadas por una peligrosa radiactividad y que estuvieron deshabitadas hasta cerca del año 2015; todo ello, como ocurre siempre, había sido olvidado por los que no conocieron los hechos, y los jóvenes nacidos después de principio de siglo, creyeron llegar al momento

estelar de una humanidad que había tenido otros muchísimo más importantes, aunque menos efectistas.

Se adoraba a la Técnica — así, con mayúscula — y el orgullo de las gentes era más sincero ante un nuevo tipo de astronave que ante el producto de una moral que luchaba desesperadamente por sobrevivir.

Si el siglo XIX había sido «el de las luces», el XXI era «el espacial», el definitivo.

Por fortuna, jóvenes como los que estaban reunidos en el amplio departamento de Ives Brun habían logrado escapar a aquel nefasto espíritu de adoración ciega a lo antinatural, convencidos de que el hombre poseía resortes que ningún robot ni cerebro electrónico poseerían jamás.

Por eso, la idea de demostrar que podían repetir, en cierto modo, lo que sus antecesores habían hecho en la época en que nacieron los primeros submarinos atómicos, demostrando que el alma humana es capaz de vencer obstáculos tremendos, sin la ayuda de la técnica, era como un ansia de desquite contra los que preferían dejarse gobernar por las máquinas, confiando a ellas todo lo que poseían, incluso sus vidas.

—Haciendo escalas —dijo Ives, después de aquel silencio—, podríamos llegar hasta Júpiter, siguiendo después, por nuestros propios medios, el camino hasta Plutón. No quiere decir esto que, si fuese necesario, no nos detendríamos en algún planeta intermedio, por ejemplo, Saturno, pero debemos hacer lo posible por realizar la travesía sin ninguna clase de ayuda.

Y como nadie dijese nada, inquirió:

—¿Qué os parece?

Hermann Swatz asintió con un gesto de cabeza. Después preguntó a su vez:

—¿Qué tiempo crees que podríamos tardar en preparar el viaje?

—Unos tres meses.

Luigi intervino, con su vehemencia latina:

—¡Pues ya estamos empezando a hacer los preparativos! Somos cinco y podemos dividirnos las tareas.

—¿Cinco? — inquirió Lina Rossel.

—Claro.

—Yo no lo veo tan claro—repuso ella vivamente—. ¿Es que intentas decir que vais a ir vosotros solos?

—¿Cómo? — esta vez era Jack Trempson, el británico, quien tomó la palabra—. ¿Has perdido la cabeza, Lina?

—Yo creo que no. ¿Qué decís vosotras a eso, chicas?

Gina Loretti sonrió antes de decir:

—Yo estoy de acuerdo contigo.

—¿Y tú, Gloria?

—También.

Helen Brutznit, la compañera de Hermann se anticipó a la pregunta que su compañera iba a formularle:

—Contad conmigo.

Sólo faltaba Pat, la simpática pelirroja norteamericana, que también se apresuró a decir:

—¡Yo también soy de las vuestras!

Durante todo aquel tiempo, los muchachos miraban a las chicas, una a una, a medida que iban hablando. Finalmente, Ives dijo:

—Bueno, pero ¿se puede saber lo que estáis intentando hacer?

—Muy fácil — repuso Lina con viveza—. No habéis contado con nosotras y es lo que acabamos de resolver por votación unánime: Formaremos parte de la expedición.

—¿Eh?

—Lo que has oído. ¿O creíais que nos ibais a dejar tranquilamente, de una manera egoísta, cosechando todos los laureles para vosotros solos?

—Pero...

—No hay peros. Las muchachas, no lo olvidéis, tenemos los mismos derechos que vosotros.

—¡Eso es absurdo! — intervino Luigi—. No os podemos llevar.

—¿Por qué?

—Por muchas cosas.

—Está bien — había en la expresión de Lina una decisión claramente perceptible—. Ya lo sabéis, muchachas: tendremos que fletar otra vieja astronave y cuando los periodistas, al iniciar el viaje, nos pregunten por qué vamos solas, les diremos que nuestros valientes amigos no quisieron llevarnos con ellos.

Fruncieron el entrecejo los muchachos.

Después, se hizo un penoso silencio, que al fin fue roto por Ives.

—Bueno... creo que no podremos oponernos: os llevaremos — resolvió.

—¡Viva!

—¡Hurra!

—¡Bravo!

—Esto hay que celebrarlo—dijo Gina, levantándose—. Voy a preparar unas copas y descorcharemos algunas botellas de champaña. ¿Me ayudas, Pat?

—Encantada.

A partir de aquel momento y cuando el espumoso vino penetró en sus cuerpos, los ojos empozaron a brillar con intensidad creciente y el plan fue estudiado con todo detalle.

Lina iba tomando nota taquigráfica de cuantas observaciones positivas se hacían. Al final, leyó el contenido de aquel primer plan.

—La vieja astronave nos costará unos tres mil dólares —dijo Jack—. Si agregamos los seis mil más que nos costarán las modificaciones y las provisiones, incluyendo en ello la carga de las pilas, el total hace nueve mil dólares.

—¿Has contado los equipos? —dijo otro.

—Pongamos mil dólares más.

Gina los miró a todos:

—¿Tenemos ese dinero? — inquirió.

Echaron cuentas parciales, recordando lo que poseían y todo lo que podían obtener vendiendo lo que no les fuese imprescindible.

—Creo — concluyó Trempson, que parecía haberse encargado definitivamente de la cuestión monetaria y financiera—, que lograremos reunir catorce mil dólares, cifra suficiente para llevar a cabo lo que proyectamos.

—¿Quién va a encargarse de comprar la astronave?

—Yo —dijo Hermann—. Las Líneas Espaciales Alemanas poseen algunos viejos tipos que, después de todo, no están nada mal. Las modificaciones podemos hacerlas Ives y yo.

—De acuerdo — repuso éste.

—¿Y nosotras? — inquirió Lina.

—Vosotras podéis encargaros del vestuario y de las provisiones: es algo que encaja con vuestra personalidad femenina.

—Bien.

—¿Cuándo saldremos?

Miraron a William, que había encendido la pipa.

—Dentro de tres meses — repuso el germano—. Hacia el 15 de mayo próximo. ¿Qué os parece?

—Una fecha excelente.

—Por el momento — observó Ives—, no debemos dar ninguna clase de publicidad al asunto. Lo mejor, según mi opinión, sería comunicarlo a la Prensa cuando ya estemos preparados.

—Es lo mejor.

—Luigi, que es el más literato de todos nosotros —siguió diciendo el francés—, puede ir preparando lo que debemos decir a los muchachos de la Prensa, así como las declaraciones que leeremos, con seguridad, ante las cámaras de la Televisión Mundial.

—¡Menudo ruido se va a armar!

—Me parece que habéis olvidado lo más importante: el permiso del Comité de Viajes Espaciales.

—No pueden negárnoslo.

—Seguro, pero habría que ir solicitando el permiso.

—Yo lo haré — replicó Luigi—. Tengo amigos en el Departamento de Astronáutica y no será difícil obtenerlo.

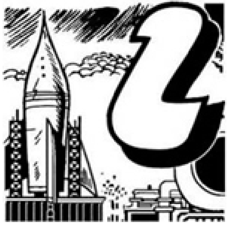
—Creo que es hora de levantar la sesión. Nos reuniremos nuevamente mañana por la tarde. Espero que cada uno y todos vosotros estudiaréis lo que podemos haber olvidado hoy.

Gina se cuadró, cómicamente, saludando a Brun.

—A tus órdenes, comandante. Porque creo que nadie irá a negarte un puesto que te mereces. Quien esté de acuerdo conmigo, que levante el brazo derecho.

—Juramos, comandante Brun, lealtad y obediencia durante todo el viaje por el espacio. Tus órdenes serán acatadas y cumplidas sin vacilación... —después, súbitamente, con voz entrecortada por la emoción—. ¡Que Dios nos proteja!

CAPÍTULO II



A masa gigantesca del planeta ocupaba todavía gran parte del horizonte visible, desde el visor de popa, cuando Lina puso su mano sobre el hombro de Ives.

—¡Qué hermoso es todo esto!

Él la miró, sonriendo.

—Sí, es muy emocionante, pero la belleza no debe hacernos olvidar que es ahora, precisamente, cuando empieza la parte más importante de nuestro viaje: la verdadera prueba.

Ella asintió.

—De Júpiter a Plutón.

—Eso es, Lina: un viaje en el que nos hemos propuesto alejarnos de las rutas conocidas para demostrar que este viejo cacharro puede llegar, por sus propios medios, al extremo de nuestro Sistema solar.

—¿Cuánto tardaremos?

—Hermann ha calculado que unos cinco meses, si todo va bien.

—¿Temes algo?

—No. Lo único que podría pasarnos es que se parasen los motores. Y, por lo que llevamos visto hasta ahora los reactores atómicos se portan maravillosamente bien. Hemos tenido mucha suerte con la Kon-Tiki que compró Hermann.

Ella había entornado los ojos, dejando que la luz reflejada por Júpiter se enredara entre sus largas pestañas.

—¡Cinco meses!

—¿Largo?

—Un poco. Tengo ganas de acabar.

—¿Ya? ¡Pero si no hacemos más que empezar!

—Lo sé, pero deseo volver, demostrar a todos esos enamorados de las naves fotónicas que el espíritu de aventura y de riesgo no ha terminado y que

hay gente, como nosotros, que pueden embarcarse sin necesidad que un ejército de robots nos sirvan las pastillas «anti-vértigo» cada tres horas.

—Lo demostraremos.

—Eso es lo que me llena de alegría, Ives. Siempre me pregunté si nuestra juventud iba a ser capaz de hacer algo más que estudiar en las cámaras de hipnonemotecnia.

—No todos somos iguales.

Y después de una pausa:

—¿Sabes que Hermann está demostrando ser un astronauta de primera?

—Sí. Es un muchacho formidable.

—Todos son muy buenos: William y Jack llevan la cartografía cósmica y ayudan a Swatz; Luigi tiene el diario de a bordo. Sólo yo, después de mi nombramiento, que me cogió un poco desprevenido, esa es la verdad, no hago nada práctico.

—Tú eres nuestro médico, Ives, nuestro naturalista y biólogo, además de nuestro indiscutible jefe.

—No creo valer para tanto...

—Ni deseamos que lo demuestres... sobre todo en tu papel de «matasanos». Somos jóvenes y no te daremos mucho que hacer.

—Es verdad. El estado sanitario de a bordo no puede ser mejor, pero lo cierto es que no hemos hecho más que visitar estaciones del espacio y astropuertos, siguiendo una ruta fácil donde, si nos hubiese ocurrido algún percance, no hubieran tardado en auxiliarnos. Ahora empieza el verdadero viaje.

—¿Y crees que enfermaremos por eso?

—No, Lina. El problema no se presentará—somos jóvenes como tú has dicho—en los cuerpos.

—¿Temes entonces complicaciones psicológicas?

—Sí.

—Pues creo que te equivocas.

La entrada de Luigi cortó el hilo de la conversación.

—¡Caramba! No os creía tan románticos. Seguro que contemplabais a Júpiter con ese respeto medroso de nuestros antepasados, cuando creían que su masa aplastaría al que se atreviese a acercarse a él.

—No— repuso Lina—, estábamos hablando de otra cosa.

Luigi la miró:

—Perdona, princesa, pero la curiosidad me consume. ¿Te has enamorado de nuestro comandante?

—¡No digas bobadas! — intervino Ives.

Luigi sonrió.

—Bueno, muchachos, vengo de la sala de mando y ya podéis imaginaros la efervescencia que reina allí. Hermann dice que dentro de once horas estaremos en un camino jamás recorrido por ninguna otra astronave.

—¿Tan lejos de la ruta va a llevarnos? — inquirió Brun.

—Sí. He echado una ojeada a los mapas espaciales, aunque maldita la cosa que entiendo de ellos, y he visto que viajaremos, por lo menos, a setecientos mil kilómetros de la ruta, separándonos siempre, más y más, ya que pasaremos al otro lado de Saturno, Urano y Neptuno, para, dando una enorme vuelta, llegar a Plutón.

—¿Va todo bien?

—Sí. William se ha encargado de repasar los reactores y no creo que encuentre defectos. Hasta hora, se han portado maravillosamente bien.

Poco después se reunieron todos en el amplio comedor de la astronave. Las muchachas preparaban por turno las comidas y aquélla, la primera desde la salida de Júpiter, estuvo llena de entusiasmo, de seguridad.

Los días fueron pasando.

Júpiter, en la lejanía, fue convirtiéndose en una especie de estrella que, siendo primero casi más brillante que el sol, llegó a desaparecer por completo. Tampoco eran visibles ninguno de los otros planetas y la Kon-Tiki se encontraba ya en medio de la negrura del espacio.

Percatándose de la monotonía de aquel viaje, Ives hizo cuanto pudo por distraer a sus compañeros, sobre todo a los que no jugaban un papel importante en el gobierno de la astronave: organizó cursillos, dio e hizo dar conferencias, proyectó películas que la filmoteca de la Kon-Tiki poseía y ayudó, incluso, a Luigi a llevar el diario de a bordo, haciéndolo lo más extenso y detallado posible.

Aquella mañana, en el vigesimocuarto día de navegación libre, fuera de la ruta del Sistema, Ives se levantó como de costumbre, guiándose, como todos los demás, por un horario creado por ellos mismos, ya que la noche eterna del cosmos, que reinaba en el exterior, no podía darles indicación alguna respecto al paso del tiempo.

Encendiendo un cigarrillo, Brun lanzó una mirada al calendario, sobre el que iba marcando los días transcurridos — «al estilo de los presidiarios»,

pensó, sonriendo — dándose cuenta de los muchos que faltaban para terminar el itinerario que habían marcado.

¿Tantas ganas tenía de llegar?

No se atrevió nunca a decir a los otros aquella especie de intuición que, de una manera tan ilógica como absurda, parecía influir sobre su ánimo, haciéndole temer cosas que no llegaba a comprender.

Él había sido uno de los más entusiastas cuando preparaban el viaje y ahora, cuando después de una larga navegación, todo parecía ir viento en popa, sin que el menor peligro les saliese al paso, ¿de dónde podían venir aquellos temores?

El único peligro que podía existir era el de que los reactores, por cualquier motivo, dejasen de funcionar, quedando varada la astronave en medio del espacio. Claro que en aquella eventualidad, bastante pequeña, todavía podían intentar ponerse en comunicación con uno de los gigantescos astrocohetes que hacían normalmente el servicio de la ruta.

Todo el mundo conocía la aventura y muchas agencias de Prensa estaban pendientes de ellos. No había, pues, que temer demasiado por aquel lado.

Ives terminó su cigarrillo, diciéndose que exageraba un poco sus temores. Lo mejor era reunirse con los demás, conversar con ellos, sentir el magnífico espíritu de equipo que animaba a todos.

Salió de la habitación.

Fue entonces, cuando avanzaba por el pasillo que como una médula espinal metálica cruzaba la astronave de proa a popa, dirigiéndose hacia la sala de mando, cuando una brusca sacudida, seguida de una inclinación intensa, le obligó a apoyarse en las paredes para no caer.

El bandazo había sido demasiado fuerte para ser considerado como un simple «bache espacial»; así, cuando logró establecer el equilibrio, comprobando que el pasillo seguía ladeado, avanzó, abriendo la puerta de la sala en el momento que las voces de Hermann llegaban hasta él.

Swatz vociferaba ante el interfono:

—¿Qué demonios pasa ahí abajo?

Se dirigía a la sala de máquinas, donde Jack y William estaban, seguramente, maniobrando con los reactores atómicos.

—¿No me oís? — insistió.

Luego, la voz de Jack Trempson llegó hasta la sala de mando:

—¡Es un lateral, Hermann!

—¿Un lateral?

—Sí. El segundo de la turbina trasera. Ha establecido una comunicación anormal con el motor de babor y la carga de los dos motores se va hacia allí.

—¡Cortad el uno!

—Ya lo hemos intentado, pero no hay nada que hacer. La explosión del lateral ha debido aplastar y romper los hilos de las conexiones con el cuadro. También hemos intentado parar el dos.

—¡No tocad nada! Voy rápidamente para ahí abajo.

Al salir se encontró con Ives, quien preguntó:

—¿Es algo grave, Hermann?

—No lo sé aún; pero vamos a salir de dudas. Sígueme.

La nave estaba escorada a estribor y el rugido de las toberas fue haciéndose más perceptible e intenso a medida que se acercaban a la parte inferior.

En la sala de reactores, en mangas de camisa, los dos amigos trataban de orientarse, en aquel mare mágnum de cables, tubos, cuadrantes...

La llegada de Hermann les tranquilizó un tanto.

—Veamos —dijo éste—. ¿Dónde ha sido la avería?

Le mostraron un cuadro, en el que unas luces rojas, sobre el esquema de la astronave, señalaban el lugar donde se había producido la rotura.

—Bien. En efecto, es un lateral, el de babor...

Manejó unas llaves, frunciendo después el entrecejo:

—Es verdad: todas las conexiones deben de haber sido aplastadas. Por eso no podemos influir en la marcha del combustible — se volvió a Jack—. ¿Seguro que no se pueden parar ninguno de los dos motores?

—Puedes intentarlo tú mismo.

—No hace falta.

Se hizo un silencio; luego, levantando la cabeza, que había inclinado un tanto, Swatz miró a Ives:

—Es mucho peor de lo que yo pensaba, muchacho.

—¿No hay nada... a hacer?

—No lo creo. Al bloquearse el mando de conexiones, no podemos hacer absolutamente nada. La nave, impulsada lateralmente por la energía de los dos motores, que ahora actúan sobre la misma tobera, ya que la otra no posee comunicación con los motores, gira en círculos cada vez más amplios, sin que podamos hacer nada por cambiar su rumbo.

—¿Quiere eso decir que nos alejamos de nuestro camino?

—No puedo decírtelo, Ives. Tendremos que hacer cálculos después para poder fijar, aunque no sea más que de una manera aproximada, nuestra verdadera posición. Todo depende del ángulo de escape que la Kon-Tiki tomó en el momento de la avería. Cuestión de suerte — agregó, con un esbozo de sonrisa.

Se hizo un silencio, que, como siempre, rompió Ives.

—Tendremos que intentar enviar un S.O.S. —dijo.

—Sí. Será lo mejor.

Hermann fue a decir algo más, pero prefirió callárselo, al menos por el momento.

Ya vendría la oportunidad.

El escape de la astronave podía haber sido tan violento que la colocase fuera de la zona donde las emisiones de su viejo aparato de tele-radar pudiesen llegar.

Así ocurrió, en efecto.

Luigi, que era oficialmente el telegrafista, sudo de lo lindo para intentar entablar comunicación con alguna de las astronaves de servicio regular en la ruta del Sistema.

No consiguió nada.

Y cuando se cansaron de intentarlo, se reunieron todos en el amplio comedor, ante los platos que las muchachas habían preparado, sin que ninguno de ellos mostrase entusiasmo alguno por comer.

—Yo creo que deberías decir algo, Hermann —dijo Helen, su compatriota, rompiendo el silencio insoportable que había caído sobre ellos.

—¿Qué quieres que diga?

—Helen tiene razón — apuntó Pat Cullman, desde el otro extremo de la mesa—. Debemos saber la verdad.

—¿La ignoráis acaso?

—No es eso—volvió a decir la misma—. Lo que deseamos es que nos expliques lo qué ha pasado, si es que lo sabes y, sobre todo, las consecuencias que puede traernos todo esto.

Y como Hermann no dijese nada.

—Si tenemos que hacer frente a una situación especial — intervino Lina —, yo estoy de acuerdo con mis compañeras: debemos saber la verdad.

—Bien — Hermann encendió un cigarrillo y miró a las muchachas,

después a sus compañeros, deteniendo su mirada, finalmente, sobre Ives—. Tú ya lo sabes todo, Brun.

—Sí.

—De acuerdo. Voy a explicar lo que sé en cuatro palabras: Las turbinas están unidas entre sí por una serie de conductos, a los que llamamos laterales y que sirven para las maniobras del mismo nombre; es decir, para variar el rumbo de la nave hacia babor o estribor.

»Algo ha debido de ocurrir en el nacimiento de una de las toberas que ha obturado el paso. Entonces, debido a la presión de los gases que salen por ellas, se ha producido un verdadero desbarajuste, yendo la energía del motor cuya tobera está interceptada, al otro, siguiendo, lógicamente, el camino más corto: los laterales.

»Las consecuencias inmediatas de todo esto han sido la brusca variación del rumbo, que se ha hecho circular, aunque ésta no es la palabra más justa, ya que describimos, con mucha probabilidad, una especie de completa elipse que, mejor dicho, se va haciendo espiral.

»Lo grave es que al producirse la avería, el metal fundido de la tobera debió de salpicar los núcleos de los cables de conexión, a través de los que ordenamos muchísimas cosas a los motores. De esta forma, han quedado completamente aislados y fuera de nuestro gobierno.

»Lo que, más claramente dicho, significa que no podemos cambiar el alocado rumbo actual ni siquiera detener la marcha del aparato.

Hizo una pausa.

—Es natural que os preguntéis cuál va a ser la salida de este embrollo. Pues bien, amigos míos, este embrollo, o como lo queráis llamar, no tiene salida; es decir, sólo una: esperar a que la carga de los motores se acabe, cosa que, como todos sabemos, tardará dieciocho meses en ocurrir.

—¡No!

Todos se volvieron hacia Luigi, que era quien había dejado escapar aquella involuntaria exclamación.

Santello estaba pálido y las manos le temblaban vivamente.

—¿No lo crees, Luigi?

—¡No puede ser!

Hermann movió la cabeza de un lado para otro, pero fue Ives quien tomó la palabra:

—Escucha, Luigi: Hermann y los demás han pasado toda la mañana haciendo cálculos y no puedes ir contra las cifras. Las cantidades de material

fisionable que hay en las pilas, al ritmo de desintegración que llevan ahora, fijan una «vida radioactiva» de dieciocho meses. Ni antes ni después dejarán de funcionar, sino en el momento preciso, que hasta podríamos dártelo en segundos.

—¡No lograremos sobrevivir!

—Eso es muy diferente. Hasta ahora, Hermann no ha hecho más que responder al deseo de conocer las causas probables de lo ocurrido y el estado de nuestra situación actual. Sigue hablando, Swatz.

—De acuerdo. Examinando ahora, como acaba de decir Brun, nuestro comandante, la situación de la Kon-Tiki, tendremos, por el momento, que hablar dentro de un terreno puramente hipotético, ya que los cálculos exactos de nuestro rumbo, que dije ya que es muy anormal, no serán conseguidos hasta dentro de unos cuantos días de trabajo.

»Todo depende del «ángulo de escape» de nuestra astronave en el momento de la avería. Si, por suerte, se inclinó la Kon-Tiki hacia la ruta, las espirales que ahora describe nos irán acercando a ella, siendo, más o menos tarde, vistos u oídos por uno de los astrocohetes del servicio mundial.

»Si, por el contrario, el ángulo de escape apuntaba hacia otro lado, el opuesto a la ruta, la espiral nos irá alejando, separándonos definitivamente de toda posibilidad de ayuda.

—¡Eso es horroroso!

Nadie hizo caso de la exclamación de Luigi.

—También — prosiguió Hermann, imperturbable— existe una tercera posibilidad: que en uno de los giros de esta espiral que se va abriendo cada vez más, nos encontremos en el camino de uno de los planetas grandes, Saturno, probablemente, y que éste nos atraiga, terminando nuestro viaje al estrellarnos contra él.

Se hizo tan denso el silencio que se hubiese podido cortar con un cuchillo.

Hasta que Luigi lo rompió, con una voz lastimera, suplicante:

—¡Eso no puede ser, Hermann! Todo esto ha sido una locura, pero no puede terminar de una manera tan horrible.

Hermann entornó los ojos:

—Yo os he expuesto —dijo, y su voz no vacilaba lo más mínimo— un cuadró real de la situación, sin ambages, sin engaños, sin falsas esperanzas. Así hablé a Ives y así os he hablado a vosotros. El radar está conectado, junto a la sirena de aviso, por si la última de las posibilidades, la del choque, tuviese que ocurrirnos. De todos modos, de poco serviría el aviso.

—¡¡No puede ser!! Tú dijiste siempre que eras un estudiante de

astronáutica de los mejores, que ya habías obtenido el título de astro-piloto... ¿Por qué no haces algo?

—Porque no puedo.

—¡No! No lo haces porque no eres capaz, porque nos engañaste con historias falsas... querías hacerte el importante y no sabías qué llevabas entre las manos.

—¡Silencio!

La voz de Ives se impuso.

—No adelantaremos nada —dijo, con un tono firme, dirigiéndose a Luigi, al que miraba—, desesperándonos y criticándonos los unos a los otros. Lo que haya de ocurrir, ocurrirá, sin que podamos hacer nada por evitarlo. Por eso, yo os ruego que dejéis de arrastraros por un excesivo pesimismo, así como por un optimismo ciego. Tenemos que esperar y esperaremos.

Santello preguntó:

—¿El qué?

—Ya lo has oído, Luigi. Esperaremos a hacer los cálculos y ver si nos acercamos o nos alejamos de la ruta.

—Y en este último caso — intervino Hermann—, podríamos aprovecharnos de los puntos más próximos a ella para intentar entrar en comunicación con algún astrocohete.

—Yo no creo... — empezó a decir Luigi.

Pero, en aquel momento, la sirena se dejó oír y todos miraron con horror hacia la puerta que comunicaba con la sala de mando.

Brun y Swatz fueron los primeros que se levantaron.

Seguidos por los demás—Luigi iba el último—, pasaron a la sala de mandos, precipitándose hacia el visor de proa que, como un gran cristal, formaba la punta del navío del espacio.

Allí enfrente, con un tamaño triple al que la Luna tiene vista desde la Tierra, un astro parecía acercarse rápidamente hacia la Kon-Tiki. Su aspecto no era conocido por ninguno de ellos y aún menos poseía las características archisabidas de Saturno, que era el primer planeta que debían haberse encontrado.

Era liso, ligeramente azulado y medianamente brillante.

Nadie dijo nada.

Se quedaron mirando, como hipnotizados, aquel globo que lucía ante ellos, flotando en medio de la negrura cósmica, salpicada, allá y acullá, por las

miríadas de luces de las lejanas estrellas.

Hermann lanzó una rápida mirada a la sonda de radar; después, consultando el cronógrafo del tablero de a bordo, dijo:

—Dentro de seis horas nos estrellaremos contra él.

Luigi lanzó un alarido y cayó al suelo, donde se agitó, presa de aterradores estremecimientos y convulsiones.

CAPÍTULO III



EBO de estar muerto».

La idea, a pesar de todo, en medio de aquella neblina que envolvía su mente, no dejó de producirle una cierta gracia. Y seguro que hubiese sonreído de haber podido controlar los músculos de su cuerpo.

Pero ahí estaba el quid.

Era como si hubiese roto las amarras con su organismo, como si no fuese capaz más que de pensar—¡y aun con qué esfuerzo!—, desligado del resto del mundo, como si se hubiese quedado completamente solo en el cosmos.

Cuando llegó a la conclusión de su propia muerte, estuvo seguro de que aquella idea era hija de sus recuerdos y que, si era capaz de tenerlos, también era prueba de que su memoria seguía funcionando.

Ahora bien, ¿tienen memoria los cadáveres?

No, hacia mal en tomar todo aquello a broma. Si estaba realmente muerto, ya notaría algo que le convenciese plenamente de haber abandonado la vida, si aún seguía vivo, también tendría pruebas, más o menos tarde, de que seguía existiendo como ser humano.

Entonces...

Una mayor claridad en las ideas le llevó a la conclusión de que debía estar vivo, quizás sin conocimiento o imposibilitado para entrar en conexión con su cuerpo.

Inconsciente no lo estaba, sin que necesitase nada más que pensar para demostrar que su mente trabajaba como «antes». Por eso, ya más tranquilo, se dedicó, además de a esperar, a hilvanar un poco los recuerdos que, como aquella pertinaz neblina, parecían flotar descosidamente a su alrededor.

¿Recordaba?

Sí, lo último era la imagen de Luigi, sobre el que se veía incluido, arrodillado, examinando su pulso y los reflejos corneales. El italiano había sido presa, sencillamente, de un ataque histérico, provocado por la situación extremadamente peligrosa de la Kon-Tiki.

Luego recordó que había llevado a Luigi a su camarote, con ayuda de

Jack y que ambos habían regresado a proa, mirando, junto a los otros, la masa lechosa de aquel mundo contra el que iban lanzados a una velocidad formidable.

—Nos desintegraremos — había dicho Hermann.

—No será una mala muerte — replicó William.

—Lo peor—apuntó Lina, intensamente pálida— es esta tortura, esta inútil agonía.

Era extraordinaria la sangre fría de aquellas muchachas, en las qué, mucho más que en Luigi, debería de haber aparecido algún síntoma de desesperación más o menos ruidoso.

Pero no, estaban allí, con la mirada fija en el creciente círculo brillante, sabiendo que transcurrían las últimas horas de una existencia que hubiesen deseado prolongar bastantes años más.

¿Las últimas horas?

Al recordarlas, Ives no pudo menos que hacer algo «que podía ser un estremecimiento», pero que no fue nada más que una «intención», aunque seguía desconectado de su organismo.

Las últimas horas, las seis últimas horas, habían estado tan vacías de significado como las de un condenado a muerte. Deseando hacerlas más llevaderas, se habían reunido en el comedor, jugando y divirtiéndose, bebiendo y comiendo, intentando borrar de sus mentes la opresión angustiosa de la realidad.

De vez en cuando, uno de ellos salía, dirigiéndose hacia la sala de mandos, completamente solo. Y allí, con el rostro pegado al muro transparente, contemplaba la enormidad del mundo al que eran arrastrados, que cada vez se hacía más gigantesco y ocupaba ya la totalidad del horizonte visible.

Luego regresaba, pero al cerrar la puerta a su espalda, hacía lo imposible por sonreír, tomando parte en los juegos de los otros o bebiendo un poco más, sin hacer comentario alguno de lo que acababa de ver.

Ives había salido a proa muchas veces.

Y ahora recordaba la inmensidad brillante que se veía ante la astronave, aquel círculo, que parecía de plata, con vagas formas apenas visibles a través de la atmósfera que lo rodeaba.

Había pensado en la posibilidad de que aquel mundo, que no coincidía con ninguno de los planetas conocidos, estuviese habitado. Y le dolía saber que jamás entrarían en contacto con los seres de aquel planeta que hasta quizás hubiesen deseado entablar relaciones con ellos.

«Si hay habitantes — se había dicho—, no verán más que una formidable explosión, una llamarada tremenda... Cuando lleguen junto a la astronave, sólo encontrarán los restos carbonizados, deshechos, pulverizados, de unos hombres que hubiesen deseado estrecharles la mano...»

¿Cómo era posible que estuviese vivo?

Recordaba que Hermann, poco antes de la colisión, cuando la temperatura intensa subía sin cesar, al aumentar el roce de la Kon-Tiki con la atmósfera enrarecida del planeta, cosa que produjo el desvanecimiento de las muchachas, había hecho unos cálculos, demostrando la fuerza del impacto que la astronave tendría sobre la superficie de aquel mundo.

Manejó cifras, ecuaciones, integrando la velocidad formidable del aparato a la acción de la gravedad, en relación con la ley de masas. Y cuando, poco después, dijo que la Kon-Tiki penetraría, si el suelo del planeta era como el de la Tierra, a quince metros de profundidad, nadie se aterró de aquel espeluznante resultado porque ya nadie era capaz de aterrorizarse por nada, en realidad.

Todavía recordaba que, a medida que el calor se convertía en algo asfixiante, él y Hermann—los otros parecían dormidos o desvanecidos— habían encendido un cigarrillo, el último, como si deseasen oponerse, a la fatal trayectoria, como si quisiesen desafiar el calor de infierno que reinaba en la astronave, como si intentasen, y aquélla era seguramente la única verdad, autodemostrarse un valor que estaban muy lejos de sentir.

Después...

Ives no recordaba nada más.

A partir de aquellos instantes en que, imitando a su compañero, chupaba el cigarrillo, haciendo que el humo penetrase en sus bronquios, todas las imágenes se reducían a sombras, sin significación alguna.

¿Qué había pasado?

Porque lo verdaderamente extraño era que siguiese «pensando»... ¿o todo aquello no era más que una ilusión? Aunque él estaba seguro de que los que han dejado la vida, abandonan también las ilusiones y los engaños en ella.

¿Entonces?

Pensó que lo mejor que podía hacer era, para evitar que la locura penetrase en su mente, dormir o algo que se le pareciese; es decir, dejar de pensar y, sobre todo, de recordar.

¿De qué podían servirle los recuerdos si estaba completamente solo para siempre?

No consiguió dormirse pero, al menos, logró detener el curso de sus ideas,

«adormilarse» un poco, desconectar la atención de aquella máquina, su cerebro o lo que fuese, que se empeñaba en triturar cada idea, cada recuerdo, exprimiéndolo como una fruta madura.

* * *

Esto ya era otra cosa.

No, no le sorprendía ver, puesto que ya estaba completamente seguro de que no había muerto. El poder pensar, razonar y recordar eran pruebas indudables de que había conseguido escapar con vida del accidente.

¿Imposible?

Tenía poquísimas ganas de discutir consigo mismo, prefiriendo «beber» con la mirada aquel inédito paisaje que tenía ante él.

El suelo era como el de la Tierra, quizás un poco más oscuro y tirando a color marrón. Acá y allá, y eso era ciertamente lo extraordinario, o al menos lo extraño, veíanse unas plantas, así le parecieron a Ives, raquíticas, pero de un hermoso color azul, como cierto mineral de cobre que, en aquel momento, no recordaba.

No podía ver más que lo que su vista alcanzaba hasta los bordes de una especie de cráter, en una de cuyas pendientes se encontraba. Mirando a su alrededor, siguió el borde de aquel embudo, donde las plantas eran más abundantes, arriesgándose después a mirar hacia el centro.

La realidad le golpeó brutalmente.

Porque lo que ocupaba el centro del embudo era una zona ennegrecida en la que, con un poco de voluntad y muchísima imaginación podía ver los restos de la Kon-Tiki.

¿Restos?

Era más bien como la huella violenta que la explosión de la astronave, al estrellarse contra el suelo, hubiese dejado. Porque, por más que lo intentó, desde el lugar donde se encontraba, no consiguió ver nada, ni un solo objeto que pudiese convencerle que allí había terminado la vida del astrocohete que Hermann compró en Berlín.

¿Hermann? ¿Y los otros? ¿Y Luigi, Jack y William? ¿Y las muchachas? Lina, Gina, Helen, Gloria y Pat...

Una terrible sensación de soledad se apoderó de él.

Porque lo que le volvía loco era el haberse quedado solo, el haber sido el único superviviente de aquel magnífico equipo de jóvenes que habían querido

demostrar algo tan hermoso como el que los hombres podían viajar sin la ayuda exclusiva de las máquinas.

¡Si, al menos, se hubiese salvado otro más!

¿Lina?

Una oleada de desprecio hacia sí mismo le invadió. Su mente había escogido el nombre de la muchacha de la que estaba enamorado hacía tantísimo tiempo. Y, en aquellos momentos, cuando se trataba de la desaparición de sus compañeros, se había dejado llevar por el egoísmo.

«Soy un puerco asqueroso...» — pensó.

No, no le importaba, o no debía importarle que fuese Lina, cualquiera de las otras muchachas o uno de los chicos quien hubiese sobrevivido. Lo que debía desear, con todas las fuerzas de su corazón, si es que aún lo tenía, era encontrarlos a todos, indemnes, vivos como él, para poder compartir con ellos todo lo que aquel planeta tuviese de bueno o de malo.

Tenía que hacer algo.

Lo curioso era que no podía moverse, a pesar de enviar enérgicas órdenes a sus músculos; sin embargo, había logrado mirar hacia todos los lados, lo que le demostraba que «su cabeza se había movido libremente».

¿Qué le ocurría?

Pero su extrañeza llegó al máximo al verse, bruscamente de pie, sin hacer esfuerzo alguno, sólo por desearlo, sin que fuese necesario ordenar un movimiento normal al que estaba acostumbrado.

¿Es que le habría pasado algo, quizás en lo profundo del sistema nervioso, que desconectara sus músculos y que sin embargo facilitase los movimientos con desearlo simplemente?

«Quiero estar sentado», se dijo.

Y se encontró en aquella postura, antes de que hubiese acabado la frase mental que había dicho. Convencido ya de que aquélla era la única manera de mandar a su cuerpo, que no seguía las instrucciones normales de antaño, volvió a desear ponerse en pie, logrando después moverse, con gran facilidad.

Tuvo, no obstante, que acostumbrarse a aquella curiosa manera de mandar al cuerpo y cuando hubo hecho algunos ensayos, se dirigió hacia el centro del cráter, invadido por el temor de encontrar los restos carbonizados de sus desaparecidos amigos.

Pero no había nadie.

La tierra, negra como tinta, estaba, en ciertos lugares, reducida a un polvo fino y aquello le demostró que Hermann no se había equivocado al decir que

la Kon-Tiki se hundiría profundamente en el suelo del planeta, como resultado de la formidable velocidad con que lo abordó, multiplicada por la fuerza de atracción de aquel mundo.

Era imposible que nadie se hubiese salvado de aquella horrible catástrofe.

«Sin embargo — pensó—, yo estoy aquí».

Intentó recordar el lugar que ocupaba en los últimos instantes del fatídico viaje y después de algunos esfuerzos, llegó a precisar que se hallaba junto a los demás, excepto Luigi, que se había encerrado en su cabina, en el amplio salón-comedor.

¿Cómo era posible que él hubiese salido de aquella sala, atravesando las gruesas paredes de la astronave para ser proyectado hacia los bordes del cráter?

No podía encontrar explicación lógica a aquella casualidad extraordinaria. Porque, de la misma manera que a él le había ocurrido, también cualquier otro podía haber sido proyectado fuera.

Recorrió el cráter con todo detalle.

No, tenía que convencerse de que nadie, excepto él, para su desgracia, había salido vivo del choque. Y una tristeza sin límites le invadió al sentirse solo para siempre, ya que no podía soñar con poder escapar de aquel planeta, tan alejado de la Ruta del Sistema.

Hubiese sido muchísimo mejor que corriera la misma suerte de los otros que, al menos, habían encontrado en la muerte una paz que él no hallaría en todo lo que le quedase de vida.

Abandonó el cráter, sin volver la cabeza, deseando olvidarlo todo, incluso su propia existencia; Luego, cuando hubo andado unos metros, la idea de que podía haber habitantes en aquel mundo le penetró, como una mínima e improbable esperanza a la que su mente se afianzó con todas sus fuerzas.

Cualquier clase de habitantes.

Pero, al menos, alguien con quien no sentirse tan infinitamente solo, tan espantosamente aislado del resto de los seres vivos. Recordó entonces que Jack había hablado, antes de salir, de llevarse a un perro como mascota de la expedición y que había sido precisamente él quien se había negado a aquella proposición.

¡Qué estúpido había sido!

Porque aunque no fuese más que un perro, el animal, de haber conseguido librarse de la muerte, se habría convertido en un excelente compañero, en algo que hubiese mitigado mucho aquella sensación que se iba apoderando de su cerebro.

Solo...

Solo en un mundo extraño, del que no conocía más que la tierra parda y aquellas plantas azules.

Pero entonces, al salir del reborde superior del cráter, que se prolongaba en un segundo embudo, cosa que daba idea de lo formidable del impacto de la astronave, vio un bosque, a un centenar de yardas de donde estaba. Y su corazón se alegró, a pesar de la extraña forma de aquellos arbustos, con sus hojas intensamente rojas.

Cuando llegó a la linde del bosque, alargó la mano, intentando tocar aquella corteza rugosa que era como el recuerdo de algo suyo, de algo que iba a no hacerle olvidar la Tierra.

Su mano se posó sobre el tronco, pero ninguna sensación llegó hasta su cerebro.

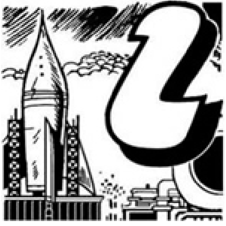
¡Ahora ya sabía lo que le ocurría!

El golpe debía de haber afectado por completo a su sensibilidad, destruyendo los nervios aferentes y haciendo imposible que percibiese algo por el tacto. Además, aquella curiosa manera de moverse debía de estar ligada a los resultados del «shock» recibido.

Iba a separar la mano del árbol cuando vio una silueta que salía de entre los troncos vecinos.

Era Luigi, que avanzaba hacia él.

CAPÍTULO IV



OS dos hombres se miraron y Luigi, que se había detenido, tan asombrado como el otro, avanzó un poco más.

Su piel poseía un tono cerúleo, terroso en las mejillas y aquella palidez le hacía parecer muchísimo más delgado. En su rostro, los ojos brillaban con una intensidad medrosa.

—¿Eres tú, Ives?

—Sí.

La voz de Santello había sonado extrañamente en su mente, como si las palabras le penetrasen directamente en el cerebro en vez de seguir el camino normal a través del oído.

Era como si Luigi las hubiese pronunciado en el interior de su cabeza.

«Otra anomalía de la sensibilidad», se dijo.

Pero, por encima de todos sus temores, la alegría de comprobar que había otro superviviente le hizo alejar sus preocupaciones internas. Así, sonriente, extendió la mano.

—¡Me alegro mucho de verte, Luigi!

El otro no se movió.

—Es inútil que me des la mano, Ives. No sentiría nada.

—¿Cómo? ¿Tú tampoco?

—¿Qué quieres decir?

—Que yo acabo de comprobar, en el tronco de este árbol, que no siento absolutamente nada.

—Yo tampoco.

—¿Y oyes mi voz como yo oigo la tuya?

—No sé cómo me oyes, pero a mí me parece que pronuncias las palabras en el interior de mi cabeza.

—Igual me pasó a mí.

Y después de una pausa:

—Cuando te mueves, ¿debes pensar hacerlo, u ordenar los movimientos?

—Me muevo cuando lo deseo.

—Igual me ocurre a mí.

Luego continuó:

—¿No crees que hay una explicación lógica a todo esto? ¿Dónde te despertaste, Luigi?

—En el bosque. He estado allí durante tres días y tres noches.

—Es posible.

—Sí. Al recobrar el conocimiento, creí que estaba muerto.

—Igual me pasó a mí.

—Luego, poco a poco, cuando conseguí hacerme obedecer por mi cuerpo, empecé a dar vueltas, buscándoos, aunque estaba casi seguro de no encontrar a nadie más.

—Hemos tenido mucha suerte.

El otro torció el gesto.

—¿Suerte? No lo creas.

—¿Por qué, Luigi?

—Porque lo que nos espera aquí es ya archisabido: la muerte.

—¡Hombre! Eso nos espera en todos los sitios, pero creo que podremos sobrevivir, construirnos una cabaña, cazar; en fin...

Luigi le interrumpió:

—No.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto tiempo hace que has recobrado el sentido?

—No lo sé exactamente, pero unas dos horas.

—¿Tienes hambre?

—No.

—¿Y sed?

—Tampoco; aunque no es raro, ya que estaba preocupado buscando si había más supervivientes.

Una sonrisa burlona se pintó en el rostro de Santello.

—Yo—dijo — hace tres o cuatro días que recobré el conocimiento... y no he comido ni bebido.

—¿No has encontrado nada comestible? ¿Agua?

—Sí. Hay, en algunos de estos árboles, bayas que pueden comerse, y al otro lado, en una hendidura natural, hay agua en abundancia.

—¿Entonces?

El otro tardó en contestar.

—No tengo ganas de comer ni beber.

—¿Y no tienes sed?

—Ni hambre. ¿Las tienes tú?

Ives calló, realizando, durante unos instantes, una labor de introspección. Luego, al cabo de un rato, se vio obligado a contestar:

—No. No siento hambre ni sed.

—Ni la sentirás. Por eso te he dicho antes que nos esperaba la muerte.

—¡Pero eso es imposible!

—¿Sí?

—¡Sí! No se puede engañar a los instintos de conservación. ¡Ya verás cómo empezamos a comer y beber dentro de poco! Lo que ocurre es que el choque emotivo y orgánico ha sido muy fuerte y nos encontramos en un estado especial: una anestesia general, sin voliciones, como si deseásemos ciertamente la muerte. En medicina ese estado se denomina instinto tanático. Luego, cuando hayamos salido de esta depresión psicosomática, volveremos a ser los mismos y tornaremos a querer vivir y luchar.

—¡Ojalá sea así!

—¿Por qué habría de ser de otro modo?

—Porque tengo la intuición de que este planeta es algo extraño: un mundo donde suceden cosas raras..., empezando por nuestra salvación.

—Eso fue una verdadera casualidad y el planeta nada tiene que ver en ello.

—No lo sé. El choque debió de ser fantástico. Y todos estábamos encerrados en el interior de la astronave, en medio de sólidas paredes, que, no pueden atravesarse así como así. Yo, al verme vivo, creí que lo debía al haber permanecido en mi cabina. Pero el que tú te hayas salvado también, plantea preguntas que no podemos contestar por ahora.

—La nave pudo abrirse, por la fricción, antes de estrellarse.

—¿Y eso qué? ¡Si hubieses visto el embudo que había bajo mi cuerpo!

—¿Qué quieres decir?

—Que debí caer o ser lanzado con una fuerza tremenda. Había tierra hundida bajo mí, y además, y por si fuese poco, corté, a mi paso, unas ramas de un árbol que, por lo menos, tenían sesenta centímetros de diámetro. ¿Te imaginas lo que hubiese sido de mí, «en circunstancias normales»?

—Puede que la materia de los árboles no sea tan sólida como los de la Tierra.

—Es posible. Yo ya no estoy seguro de nada. ¿Dónde recobraste tú el conocimiento?

—Junto a la Kon-Tiki; es decir, junto a lo que quedaba de ella. Un poco de tierra ennegrecida, en el fondo de un embudo fantástico.

—Todo esto es muy extraño.

Salieron del bosque, en silencio, sumidos en contradictorias ideas. Y fue al llegar a la linde cuando Ives, levantando la cabeza, los vio.

—¡Mira, Luigi!

—¿El qué?

—¡Buitres! —repuso Brun, señalando por encima de los árboles.

En efecto, describiendo círculos concéntricos, una bandada de repugnantes rapaces iban perdiendo altura, posándose a veces en las ramas de los árboles para iniciar su fatídico vuelo casi en seguida.

—¡Vamos!

Luigi le miró.

—¿Dónde? ¿Qué quieres hacer?

—¿Es que no comprendes, Luigi? Esos buitres están señalándonos algo que desean comer... y que puede ser uno de los nuestros.

—Tienes razón.

Corrieron a través del bosque hasta que llegaron al borde de un claro, desde donde pudieron ver una silueta, tendida en el suelo y sobre la que ya se había posado uno de los desagradables animales.

—¡Es Hermann!—gritó Ives.

Corrió más, gritando, pero el buitre seguía tranquilamente dando picotazos, hasta que vio al hombre y lanzando un graznido se elevó, pesadamente, posándose en una de las ramas vecinas.

Los dos amigos llegaban, poco después, junto al cuerpo de Hermann.

Luigi, pálido como la muerte, se detuvo antes que el otro, con los ojos fijos en el cuerpo de Swatz y, sobre todo, en el retorcido muñón que, a la altura de la axila, mostraba el lugar donde antes había estado el brazo derecho.

Levantó la mirada, viendo a dos buitres que, en la copa de un árbol, se disputaban el macabro despojo del joven alemán.

—¡Le han arrancado un brazo!—exclamó.

Pero Ives, arrodillado junto a su compañero, no escuchaba a Santello, intensamente concentrado en tomar el pulso, en el brazo izquierdo, al joven germano.

El corazón seguía latiendo, o al menos así le pareció.

Pero, poco después, tuvo que convencerse de que no había tales latidos y que era imposible que percibiese algo..., ¡ya que no podía sentir absolutamente nada!

Había olvidado que perdió por completo la sensibilidad.

Pero no fue aquello lo que le extrañó, sino el muñón de Hermann, burdamente recortado por el pico de las rapaces, del que no manaba ni una sola gota de sangre.

Miró a Luigi.

—Creo —dijo, sordamente — que nuestro fiel amigo no ha debido sufrir mucho. Fue atacado cuando ya estaba muerto.

Y después de una pausa:

—No nos queda más remedio que enterrarlo.

Luigi lanzó una carcajada histérica, que asustó a Ives.

—¿Qué te ocurre?

El otro logró, poco después, vencer la risa.

—Nada — repuso—que me haces muchísima gracia.

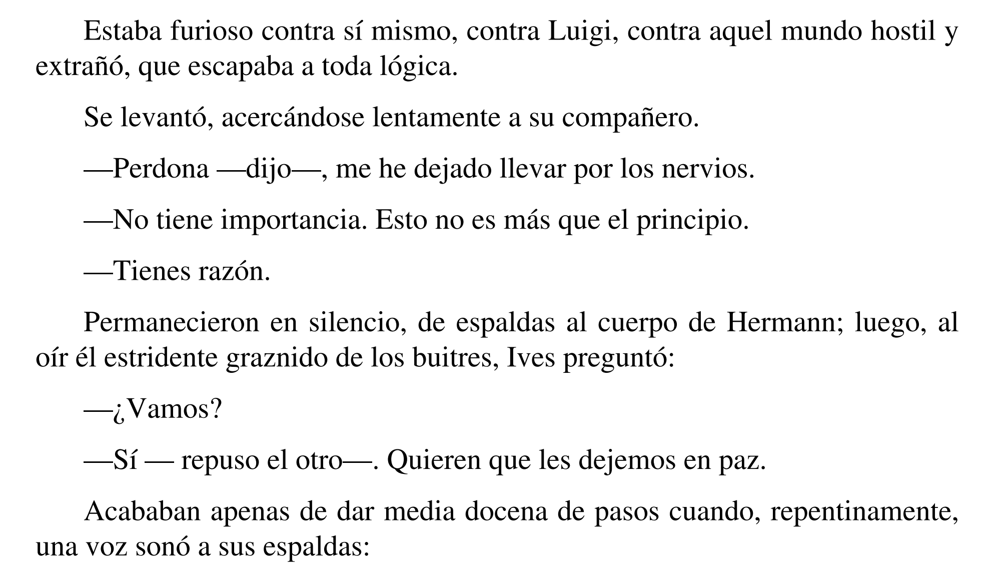
—¿Por qué?

—Porque ya sabes que no podemos tocar nada. ¡Intenta coger esa piedra que tienes a tu lado!

Ives lo hizo, viendo que no podía levantarla, la falta de sensibilidad le impedía cogerla.

—¿Te das cuenta? ¿Cómo quieres enterrar al pobre Hermann? Tendrás, quieras o no, que dejar que los buitres acaben con él. Después de todo, ya les queda menos.

—¡Cállate!



Estaba furioso contra sí mismo, contra Luigi, contra aquel mundo hostil y extrañó, que escapaba a toda lógica.

Se levantó, acercándose lentamente a su compañero.

—Perdona —dijo—, me he dejado llevar por los nervios.

—No tiene importancia. Esto no es más que el principio.

—Tienes razón.

Permanecieron en silencio, de espaldas al cuerpo de Hermann; luego, al oír él estridente graznido de los buitres, Ives preguntó:

—¿Vamos?

—Sí — repuso el otro—. Quieren que les dejemos en paz.

Acababan apenas de dar media docena de pasos cuando, repentinamente, una voz sonó a sus espaldas:

—¿Vais a dejarme aquí, amigos?

Quedaron como paralizados, sin atreverse a volver la cabeza; finalmente, Ives lo hizo mientras Luigi temblaba a su lado.

Hermann estaba sentado en el suelo. Su brusca recuperación había ahuyentado definitivamente a los buitres, que graznaban lejos de allí.

—¡Hermann!

El alemán sonrió.

—Ives... Contento de verte... ¿Y tú, Luigi? ¿Te doy miedo?

Santello se volvió lentamente.

Tenía el rostro de color yeso.

—Yo... — balbució—, verás, creíamos que estabas...

—¿Muerto, eh? — rió Swatz—. Yo también lo creía, incluso hace unos instantes, cuando recuperé el sentido.

Y de repente:

—¿Eh, qué demonios ha pasado con mi brazo derecho? — miró fijamente a Ives—. ¿Me lo has cortado tú, «carnicero»?

—No. Te lo arrancaron los buitres.

El germano se miró el muñón.

—¡Qué raro! —dijo, después de un corto silencio—. No me duele en absoluto.

Ives se acercó a él, y se sentó a su lado. Luego le explicó todo lo que de

extraño habían observado al despertar en aquel planeta misterioso.

Le dijo que si no había experimentado dolor alguno era porque había, como ellos dos, perdido la sensibilidad.

—¿Y la sangre? ¡Esos bichos debían de haberme provocado una fuerte hemorragia!

—A eso no puedo contestarte, Hermann. Ignoro la causa.

El alemán se encogió de hombros.

—Bueno, ¿qué más da? Lo importante es que hemos escapado con vida... y me gustaría que a los otros les hubiese ocurrido lo mismo.

—No lo sé.

Le explicó el estado en que había quedado la Kon-Tiki, así como el escalofriante aspecto del cráter.

—Eso quiere decir que no podremos salir de aquí. ¿Qué tal es este planeta?

Y se puso en pie, siguiendo las instrucciones, para hacerlo, que Brun le había dado.

—Hay árboles, agua y plantas, pero según Luigi no podemos probar nada, ya que no tendremos hambre ni sed.

—¡Es verdad!—exclamó Swatz—. Es como si acabase de terminar un banquete—sonrió—. ¿Sabes que eso puede tener su lado bueno?

Santello frunció el entrecejo.

—No sé cómo tienes ganas de bromas, Hermann.

—Veo que sigues igual que siempre, Luigi: amargado... ¿de qué va a servirte?

Y como el otro no contestase, continuó:

—Si tenemos que morir, no vale la pena preocuparnos, ya que esta vida de ahora es una especie de inesperado regalo, puesto que debíamos haber muerto deshechos como los otros. Así que ¡viva esta oportunidad, nos conduzca donde sea!

* * *

Sus compañeros dormían a su lado.

Habían recorrido durante aquel interminable día todo el bosque donde Ives encontró a Luigi; después, sin experimentar cansancio alguno, llegaron a

la conclusión de que debían echarse un poco, aunque no fuese más que para aislarse un tanto, dejando la mente en el descanso que deseaban.

Se distribuyeron las guardias y Brun cogió la primera.

Por eso, en aquellos momentos, bajo el cielo estrellado, por el que surcaban cinco satélites que formaban una especie de estrella, Ives dejaba correr su imaginación, sobrecogido aún por todo lo que había ocurrido en aquel extraordinario día.

No cabía la menor duda de que aquel mundo poseía particularidades extrañas y que la vida, a pesar de las apariencias, no se regía por las mismas leyes que en la Tierra.

¿Qué sorpresas podían esperarles aún?

A pesar de todo, Ives estaba contento de tener a su lado a Luigi y Hermann, principalmente a éste. Solo, hubiese padecido lo indecible. Por otra parte, lo que acababa de ocurrirle al germano le demostraba que la pérdida de la sensibilidad poseía un lado provechoso: el que no fuesen capaces de experimentar dolor alguno, por tremendas que fuesen las heridas que, en el peor de los casos, podrían recibir.

Controlando sus ideas, intentó explicarse lo que podía provocar todos aquellos paradójicos fenómenos que tanto chocaban a su espíritu científico. Pero en aquel momento, sin saber por qué, tuvo la clara impresión de que alguien se movía por los alrededores del campamento.

Con atención se puso en pie, procurando hacer el menor ruido posible. Era indudable, y cada vez tenía más seguridad en ello, que «alguien» rondaba por allí.

La luz de las cinco lunas no era, ni mucho menos, tan intensa como la del satélite terrestre. Por eso, aprovechándose de la oscuridad que bajo los árboles le ocultaba a la vista del misterioso visitante, Ives, sin despertar a sus amigos, dio una vuelta al campamento, intentando cortar la retirada al curioso.

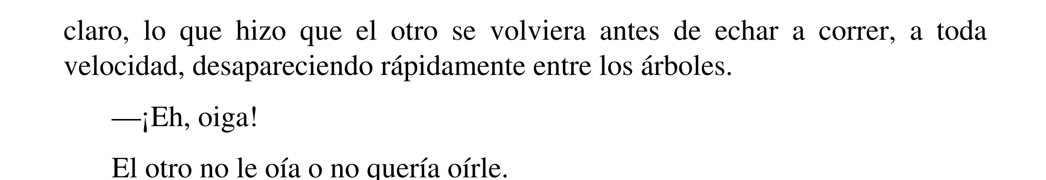
Hasta que lo vio.

Indudablemente, y como esperaba en lo más íntimo de su corazón, no era ninguno de sus compañeros. Estaba de espalda, pero Ives pudo percatarse de que su cuerpo, extraordinariamente delgado, iba apenas cubierto con unos harapos. Los brazos parecían ceñirse, si es que había aún algo más que la piel, al dibujo de los huesos.

Se fue acercando...

El desconocido, fuese quien fuese, estaba allí, clavado, mirando curiosamente a los dos jóvenes que dormían al pie del árbol.

Sin darse cuenta, Brun debió pisar una ramita seca que emitió un sonido


claro, lo que hizo que el otro se volviera antes de echar a correr, a toda velocidad, desapareciendo rápidamente entre los árboles.

—¡Eh, oiga!

El otro no le oía o no quería oírle.

Los gritos de Brun habían despertado a sus compañeros, que se acercaron a él.

—¿Qué ha pasado?—inquirió Hermann.

—Un desconocido nos estaba observando desde ese lado... Iba a acercarme cuando debí de pisar algo, que hizo ruido, y huyó, no haciendo caso de mis gritos.

—¿Quién era?

—No lo sé.

—¿Le viste? — inquirió Luigi.

—Sí, al principio de espaldas... Estaba horriblemente delgado y sus brazos estaban descarnados por completo.

—¿No alcanzaste a ver su rostro?

Ives se estremeció.

—Sí, sólo un instante, cuando se volvió, sorprendido, al oír el ruido que hizo mi bota sobre la rama.

—¿Y qué?

Brun respiró profundamente antes de decir:

—No tenía piel en el rostro, y los huesos de la calavera brillaban a la luz de esas cinco lunas... Sólo los ojos, en lo hondo de las cuencas óseas, se movían como dos extraños moluscos que se hubiesen alojado casualmente allí...

CAPÍTULO V



EGURO —dijo Luigi, cuya palidez había aumentado— que se trata de un habitante de este maldito mundo.

Ives entornó los ojos. —No sería extraño, porque su aspecto, en cierto modo, explicaría esa falta de apetito y sed que padecemos.

—Es verdad — intervino Hermann—. Yo no quería creer que nos pasaríamos las horas y los días sin probar ni una sola gota de agua. ¿A qué será debido esto?

—Es posible sea una especie de autoprotección. ¿Quién puede negarnos que las aguas y las plantas de este mundo no sean altamente venenosas para el cuerpo humano.

Luigi sonrió de mala gana.

—¿Quieres hacernos cree que esos esqueléticos habitantes no han probado un solo bocado en su vida? ¿Ni bebido una gota de agua?

—Puede que se trate de una forma de existencia especial.

—¡Parece mentira que seas médico! Por mucha fantasía que hayas leído, no vas a convencerme de que es posible que un ser vivo se desarrolle sin alimentarse.

—Todo eso es muy discutible.

—¡No digas sandeces! Tú mismo has dicho antes que ese visitante tenía aspecto humano, ¿no?

—Sí.

—Y si era un hombre como nosotros, estuviese o no delgado, tiene que tener pulmones para respirar, carne que nutrir, hígado, bazo, riñones para excretar.

—Tienes razón, pero nosotros también poseemos todos esos órganos y, sin embargo, no los utilizamos.

—¡Porque estamos muriéndonos!

—¿Eh?

Miró a los dos amigos con los ojos brillantes:

—¿Es que no lo entendéis? Tú mismo dijiste que seguíamos bajo los influjos del «shock» que nos produjo la caída de la astronave. Lo que ocurre es que, debido a algo de este planeta, nuestra agonía es un poco menos dolorosa que la que hubiésemos parecido en la Tierra en idénticas condiciones.

—¡Desvarías! —el tono de la voz de Ives se había tornado agrio—. Estamos vivos, completamente vivos, pero sometidos a una «forma vital» nueva. Después de todo, ¿qué nos importa el no tener que comer o beber? Cuando hemos logrado salir de la catástrofe de la Kon-Tiki, podemos estar contentos de lo que tenemos, sin ambicionar más. ¿Para qué deseamos complicarnos la vida...?

Fue entonces cuando un alarido horrible llegó hasta ellos. No fue algo que vibró en el aire, sino un grito que pareció resonar el interior de sus cabezas.

Y, además, aquella voz les era sobradamente conocida para dudar en quién era su dueño.

—¡¡Gina!! —exclamó Luigi.

El silencio se había hecho tan profundo como la noche que les rodeaba.

—Sí, es Gina —dijo Hermann.

—¿Hacia dónde se ha oído el grito?

Luigi señaló a su izquierda:

—Por aquí —dijo, con un hilo de voz.

—¡Corramos! Quizá lleguemos aún a tiempo.

El bosque era un verdadero dédalo y no consiguieron orientarse, terminando por detenerse, después de haber dado vueltas y más vueltas.

—Es inútil —dijo Hermann.

Y Santello, con un tono de dolor:

—¡Pobre Gina!

—Tendremos que esperar a que se haga de día —dijo Ives, más realista que los otros—. Aunque no debemos perder las esperanzas de encontrarla.

—¿Por qué? — inquirió el italiano.

—Porque ya sabemos lo que le pasó a Hermann.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sufrió en absoluto cuando el buitre le arrancó el brazo.

—Es verdad—dijo el alemán—. Ni siquiera tuve hemorragia.

—Eso quiere decir — insistió Ives—que Gina tampoco ha debido sufrir si le ha ocurrido algo grave.

La mirada de Luigi se hizo intensamente dura.

—¿Y el grito? ¿Crees que hubiese gritado así si nada le hubiera causado un daño horrible?

—Luigi tiene razón.

Ives no supo qué decir; después:

—En cuanto amanezca saldremos en su busca. De todos modos, no debemos desesperarnos: tengo la intuición de que la encontraremos con vida.

* * *

Jack y William se despertaron juntos, bastante lejos del cráter que la Kon-Tiki había hecho en el suelo del planeta. Juntos descubrieron también la limitación de sus poderes corporales y de su sensibilidad.

Durante unas horas vagaron de un lado para otro, mientras atardecía en el planeta, con la esperanza, nunca perdida, de encontrar a alguno de sus compañeros.

Se encontraban en una zona de arbustos, con su suelo blando, casi arenoso, y que se prestaba poco a ir aprisa. Así, sin experimentar, no obstante, cansancio alguno, se detuvieron, de mutuo acuerdo, con la idea de esperar al día siguiente para orientarse y seguir buscando.

Se habían sentado junto a un arbusto y charlaban sobre lo extraordinario que les parecía haber salido con vida cuando los vieron.

En realidad, Jack fue el primero en apercibir sus formas azuladas, sus pieles rayadas, identificándolas inmediatamente.

—¡Mira, O’Nek! ¡Son hienas!

En efecto, se parecían tremendamente a las hienas de la Tierra, aunque el color llamaba poderosamente la atención, ya que sobre el fondo azulado las manchas de la piel ofrecían un tono extrañamente rojizo.

Los animales rondaban alrededor de los hombres, emitiendo siniestras carcajadas, risas ululantes que hacían estremecer.

Se pusieron en pie, dispuestos a defenderse, observando entonces que los carniceros perdían su brío, alejándose un poco.

—No nos atacarán —dijo William.

—¿Estás seguro?

—Sí. Mientras nos vean en pie y vivos, no se atreverán. Las hienas, en todas partes, son animales cobardes que no se lanzan más que sobre los despojos y las presas indefensas.

Así ocurrió.

Bastaba que uno de ellos, cuando los animales se acercaban demasiado, hiciese un gesto brusco con los brazos, para que las hienas azules volviesen grupas y se alejasen con el rabo entre las piernas, no sin lanzar una de aquellas escalofriantes carcajadas.

—Lo extraño —dijo Jack—es que insistan tanto.

—Deben de estar muy hambrientas: eso es todo.

—Mira, ya se van.

Las hienas se alejaban, definitivamente convencidas de que aquellas dos presas no eran para ellas.

Y fue unos momentos después cuando el alarido llegó hasta ellos desde muy cerca, un poco a la derecha.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Es la voz de Gina.

—Debe de estar en peligro...

—¡¡Vamos!!

Corrieron, llegando poco después a un claro en el que no pudieron ver más que un grupo de hienas que, agitadas, rodeaban algo sobre lo que estaban inclinadas.

Con un escalofrío de horror los dos amigos, sin medir el peligro, se lanzaron hacia los animales, gritando y gesticulando para asustarles.

Y lo consiguieron.

Pero, de todos modos, la visión que se ofreció ante ellos era horrorosa, ya que la muchacha, Gina Loretti, yacía en el suelo... ¡sin piernas!

Todavía pudieron ver a una de las hienas que llevaba entre sus fauces un trozo de pie, con la bota del equipo de astronauta de la muchacha.

—¡Qué horror!

—¡Pobre Gina!

Se quedaron mirándola con una expresión de indecible espanto en el rostro. La joven estaba monstruosamente mutilada, con los ojos y la boca fuertemente cerrados.

—Debemos enterrarla.

Pero cuando lo intentaban recordaron que su falta absoluta de sensibilidad les prohibía entrar en contacto con las cosas.

—Me duele tener que dejar que siga siendo pasto de esas bestias.

—¡Qué le vamos a hacer!

—Pobre muchacha... Estaba llena de vida... ¡y fíjate ahora!

Hubo una pausa.

—Es mejor que nos vayamos ahora, William.

—Sí, es lo mejor.

Y se alejaron, sin volver la cabeza, profundamente afectados por aquella desgracia.

* * *

Apenas se habían alejado, las hienas, que no dejaron de mirarlos con odio desde lo hondo de los matorrales, volvieron para continuar su festín.

Pero cuando se decidían a hacerlo una piedra silbó por el aire, dando certeramente en la cabeza de la primera de ellas que, más atrevida que las otras, o más rápida, estaba ya junto a la muchacha.

Otras piedras silbaron y las hienas de aquel planeta que, como las de la Tierra, tenían la cualidad común de la cobardía, escaparon, riendo hasta que sus carcajadas se perdieron en la lejanía.

Los dos hombres avanzaron entonces.

Llevaban un simple taparrabos y el resto de su cuerpo, desnudo, ofrecía el repelente aspecto de un esqueleto. Piernas y brazos dibujaban, bajo la piel amarillenta, el contorno de los huesos con una precisión anatómica sorprendente.

Igual ocurría con el tórax, pudiéndose contar las costillas y ver el esternón con todos sus detalles. Por detrás, la espalda marcaba las huellas de las vértebras y los omoplatos con una precisión asombrosa.

En cuanto al cráneo...

Pelado, sin resto de vello en parte alguna, las suturas de los huesos dejaban ver un zigzagueante curso, y en la cara la osamenta se veía reforzada por la profundidad abismal de las cuencas en cuyo fondo palidecían dos globos oculares desteñidos y anémicos.

Sus largas manos parecían aún de una longitud mayor, ya que los metacarpianos hacían que los dedos surgiesen de los huesos de la muñeca.

Todo, en su aspecto, era repelente y sólo escapaba la mirada que, a pesar de parecer cadavérica, seguían poseyendo algo sinceramente humano, como una luz que se extinguiese poco a poco.

Después de ahuyentar a las hienas se quedaron mirando el cuerpo de la muchacha.

—Es bonita, John.

El así llamado sonrió o, al menos, hizo algo que podía tener para él el significado de una sonrisa.

—Menos mal que hemos llegado a tiempo —dijo.

—Sí... ¿viste a los otros?

—Son como los que vi la otra noche. Hay en total cinco hombres.

—Y cinco mujeres, con esta que acabamos de encontrar.

El otro se quedó pensativo: después:

—Alan y los otros han hecho mal.

—Tienes razón, pero son cosas que no pueden evitarse; es decir, nosotros podemos evitarlas. Ellos no saben la verdad.

—¿Por qué no se la hemos dicho?

Se encogió de hombros antes de responder interrogativamente:

—¿Para qué? ¿Crees que conseguirías algo diciéndoselo? ¿No es mejor así?

—Pero ¿y esas muchachas?

—No sé si están en nuestro mismo estado, aunque creo que sí.

—Pueden hacerles sufrir.

—Ya lo sé, pero no creo que podamos evitarlo.

Hubo un largo silencio y luego Fred preguntó:

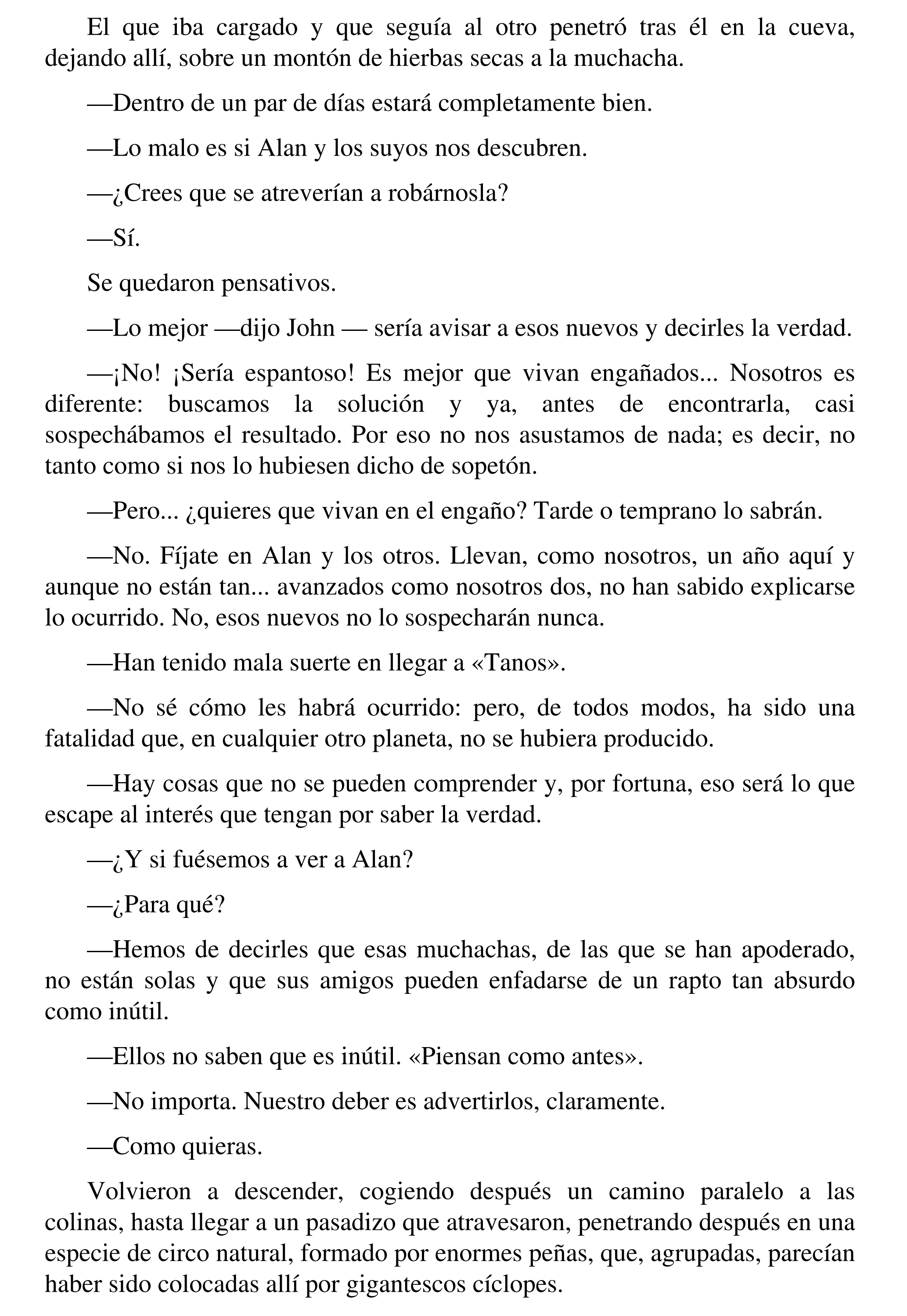
—¿Vamos a llevárnosla?

—Sí. La colocaremos en un sitio seguro hasta que se recupere. Después hablaremos con ella.

—A nuestro lado puede estar tranquila.

—Desde luego.

Uno de ellos ayudó al otro a que se echase al hombro el cuerpo mutilado de Gina y ambos empezaron a caminar, saliendo de la zona de los arbustos y dirigiéndose hacia unas colinas próximas que empezaron a escalar hasta llegar a una especie de cueva a cierta altura.



El que iba cargado y que seguía al otro penetró tras él en la cueva, dejando allí, sobre un montón de hierbas secas a la muchacha.

—Dentro de un par de días estará completamente bien.

—Lo malo es si Alan y los suyos nos descubren.

—¿Crees que se atreverían a robárnosla?

—Sí.

Se quedaron pensativos.

—Lo mejor —dijo John — sería avisar a esos nuevos y decirles la verdad.

—¡No! ¡Sería espantoso! Es mejor que vivan engañados... Nosotros es diferente: buscamos la solución y ya, antes de encontrarla, casi sospechábamos el resultado. Por eso no nos asustamos de nada; es decir, no tanto como si nos lo hubiesen dicho de sopetón.

—Pero... ¿quieres que vivan en el engaño? Tarde o temprano lo sabrán.

—No. Fíjate en Alan y los otros. Llevan, como nosotros, un año aquí y aunque no están tan... avanzados como nosotros dos, no han sabido explicarse lo ocurrido. No, esos nuevos no lo sospecharán nunca.

—Han tenido mala suerte en llegar a «Tanos».

—No sé cómo les habrá ocurrido: pero, de todos modos, ha sido una fatalidad que, en cualquier otro planeta, no se hubiera producido.

—Hay cosas que no se pueden comprender y, por fortuna, eso será lo que escape al interés que tengan por saber la verdad.

—¿Y si fuésemos a ver a Alan?

—¿Para qué?

—Hemos de decirles que esas muchachas, de las que se han apoderado, no están solas y que sus amigos pueden enfadarse de un rapto tan absurdo como inútil.

—Ellos no saben que es inútil. «Piensan como antes».

—No importa. Nuestro deber es advertirlos, claramente.

—Como quieras.

Volvieron a descender, cogiendo después un camino paralelo a las colinas, hasta llegar a un pasadizo que atravesaron, penetrando después en una especie de circo natural, formado por enormes peñas, que, agrupadas, parecían haber sido colocadas allí por gigantescos cíclopes.

En la parte inferior de lo que podía llamarse fondo, frente a la entrada del pasadizo, había una cueva profunda y allí, a la entrada, tres hombres, quizá un

poco menos delgados que los visitantes, pero con el mismo repugnante aspecto, estaban en cuclillas.

Miraron a los que se acercaban y uno de ellos, sobre cuyo cráneo, casi completamente pelado, se veían aún algunos mechones pelirrojos, se puso en pie.

—¡Pero si son nuestros viejos amigos! —exclamó.

Había en el suelo toda una colección de armas primitivas, lanzas, arcos y flechas con puntas de piedra, como las que utilizaron los hombres del Paleolítico inferior.

—¡Hola! —saludó John.

—Sentaos.

Lo hicieron y Fred, después de mirar a su compañero, dijo:

—Venimos a deciros que esas muchachas no están solas.

—¿Sí?

—Hemos visto a cinco hombres, sus compañeros de viaje.

Alan, el de los cabellos rojos, miró a los otros.

—¿Dónde están?

—Hay tres en el bosque y dos en los arenales.

—Tendremos que tener cuidado.

—¿Es que no pensáis devolverles las muchachas?

Alan lanzó una carcajada.

—¿No oíste hablar del rapto de las Sabinas, Fred?

—No es cosa de broma.

—Ya lo sé; por eso mismo vamos a acabar con esos estúpidos. ¿O crees que no sabemos que están como nosotros al llegar a Tanos? Ellas están igual y tardarán en recobrar la sensibilidad tres semanas por lo menos. Pero no dejaremos que la recobren.

Fred se estremeció.

—¿Vais a atacarlos?

—Sí. Los mataremos antes de que se den cuenta de lo que les ocurre... Escucha, Fred... Vosotros sois dos viejos inútiles, mientras que nosotros, a pesar de nuestro aspecto, que puede parecer un poco desagradable, no hemos dejado de pensar, desde que el «Eagle» cayó aquí, en todo lo que dejamos allá... en ese sitio al que no volveremos jamás, si no encontramos una ayuda.

—Ellos pueden procurar esa ayuda.

—Lo veremos; pero, aunque tengamos que conformar a uno de ellos... y ya sabemos quién es por las muchachas, los otros morirán.

—¿Cómo? ¿Hay alguien entre ellos capaz de arreglar el «Eagle»?

—Sí. Un tipo llamado Hermann: ése será el único que se salvará.

John, que había entornado los ojos, preguntó:

—Entonces... ¿queréis volver?

—¡Si!

John se puso en pie.

—Vámonos, Fred: es inútil.

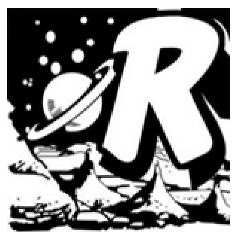
—Sí, tienes razón.

Los dos hombres abandonaron a los otros. En sus ojos, en el fondo de las cuencas óseas de las órbitas, sus miradas tenían un tono apagado de infinita tristeza.

—Debías haberles dicho la verdad, Fred.

—No, no podré hacerlo jamás.

CAPÍTULO VI



ECORRIERON la zona, buscando inútilmente a Gina.

Luigi estaba desesperado.

Cuando abandonaron el bosque, penetrando en los arenales, el sol estaba ya alto y se dieron cuenta de la imposibilidad de buscar en un sitio que no conocían en absoluto. Pero nada más se adentraron entre los raquíticos arbustos azulados se tropezaron de cara con William y Jack, que andaban por allí.

La sorpresa general fue formidable, intercambiándose frases de alegría.

Olvidando la falta de sensibilidad quisieron abrazarse y estrecharse las manos, limitándose después a sonreír.

—¡Qué formidable!— exclamó Ives—. Ahora ya estamos todos juntos.

—¿Todos? — inquirió Santello con un punta de tristeza.

—Todos los hombres, al menos.

—También estaba Gina—dijo Jack, bajando los ojos.

—¿Gina? — Luigi se precipitó hacia él—. ¿Estaba con vosotros?

—No. Oímos sus gritos y corrimos en su ayuda; por desgracia...

—¿Qué le ha ocurrido?

—Fue devorada por las hienas.

Luigi se alejó, cubriéndose el rostro con las manos.

Entonces Jack contó a los otros todo lo que había ocurrido.

—Fue un espectáculo espantoso — concluyó.

Fueron en busca de Luigi, al que calmaron como pudieron, pasando después a establecer un plan de acción.

—El que Gina estuviese viva —dijo Hermann — y el que os hayamos encontrado a vosotros puede significar que las otras muchachas se hayan salvado también.

—¡Que me maten si lo entiendo!—exclamó Ives.

—¿Por qué?

—Porque cada vez está más enredado. Al principio, cuando desperté, creí que me había salvado por verdadera casualidad, por un azar que no se repite jamás.

—Igual nos ocurrió a nosotros.

—Pero ahora, al ver que todos nos hemos salvado, no puedo por menos de preguntarme cómo ha sido posible. El estado en que quedó la Kon-Tiki no dejaba dudas a cómo debíamos haber quedado nosotros.

—Ha sido formidable.

—Tampoco logro encontrar la explicación a esta falta de sensibilidad y a la inexistencia de instintos de conservación. Porque supongo que vosotros tampoco comeréis ni beberéis.

—No, no lo hacemos.

—Es posible — intervino William, que no había hablado hasta entonces — que la atmósfera de este planeta sea nutritiva.

—¡Bah!—replicó Jack—. ¿Y las hienas? ¿Se alimentaban del aire cuando atacaron a Gina?

—¿Y el buitre que arrancó el brazo a Hermann?

Ives movió la cabeza.

—Desde luego, tenéis razón... Todo esto que nos ocurre debe afectarnos solamente a nosotros, a los que hemos llegado al planeta.

—¿Y los otros?

Jack frunció el entrecejo.

—¿A quién os referís?

Ives contestó:

—Vi un tipo que nos estaba espiando: un hombre muy delgado, casi un esqueleto. Le llamé, pero salió corriendo, sin hacerme caso.

—¿Un habitante de este mundo?

—Lo ignoro, pero es posible que sí. Después de todo, no hemos encontrado nada diferente a nuestra flora y fauna: los buitres, las hienas, las plantas. Tan sólo el color varía.

—¿Quieres decir que si hay hombres serán como nosotros?

—Eso es. Quizá no sean iguales, pero se parecerán mucho.

—¿Serán hostiles?

—Hasta ahora no lo han sido, ya que no nos han molestado... El que vi aquella noche podía haberme atacado, ya que es más que posible que no conociese esta anestesia que nos hace, en cierto modo, insensibles al dolor.

Hermann intervino:

—Tenemos que buscar a las chicas.

—También soy yo de esa opinión. Nos quedaremos aquí, durante la noche y mañana, sin separarnos demasiado, pero un poco diseminados recorreremos los alrededores.

* * *

Ives se movió intranquilo, entre sueños, como si algo externo le molestase; después, serenándose, logró una posición más cómoda y volvió a hundirse en un profundo sueño.

Al despertarse, oyó a Luigi que gritaba. O fueron aquellos gritos los que le hicieron abrir los ojos y sentarse en el suelo.

—¿Qué pasa?

Todos se habían despertado y miraban al italiano. No hacía falta preguntar nada, ya que la causa del alboroto estaba bien patente ante los ojos de todos.

¡Luigi no tenía ni un solo cabello sobre la cabeza!

La piel del cráneo se le había tornado amarillenta y se pasaba la manos, aun faltándole sensibilidad, pero sin encontrar sus cabellos.

Se acercaron a él.

El aspecto de su rostro había cambiado y parecía tener cincuenta años más.

—¿Qué me ha ocurrido? — exclamó con una mirada de espanto.

—No debes preocuparte, Luigi —dijo William—. Debe de ser seguramente la radiactividad que despidieron las pilas de la Kon-Tiki en el momento de la explosión al chocar con el planeta.

—Pero... — balbució el desgraciado.

Lograron calmarle después de muchos esfuerzos; luego, de mutuo acuerdo, decidieron buscar a las muchachas, aunque tuviesen que recorrer la mayor parte de aquel planeta.

Las necesitaban.

Aunque las catástrofes siguiesen produciéndose al vertiginoso ritmo con

que se sucedían, podían ser mitigadas si estaban juntos, sabiéndose todos vivos.

Una especié de fuerza indomable se apoderó de ellos.

Volvieron a recorrer el bosque, escudriñando después en la zona de los arenales y dirigiéndose, cuando ya empezaba a anochecer hacia las colinas.

Ives les había hecho visitar el cráter que la astronave produjo al estrellarse y todos pudieron entonces convencerse de que no había explicación posible que justificase el que se hubiesen salvado de aquella horrible catástrofe.

—¡Mejor hubiera sido consumirse ahí dentro! —fue el único comentario que hizo Luigi.

Ahora, ya cerca de las colinas y habiendo elegido un lugar para pasar la noche, Ives pensaba en cuánta razón tenía Santello al decirlo.

El profundo cambio que había experimentado era como para desesperar a cualquiera. Y, a pesar de haberse confabulado secretamente entre ellos para no mirar a su desdichado compañero, ninguno podía evitar que, de vez en cuando, sus ojos se clavaran en aquel cráneo, ya completamente pelado y con el cuero cabelludo de aquel color amarillento y enfermizo.

¿Les pasaría a todos igual?

No lo sabía.

Verdad era que Luigi fue el único que permaneció en la cabina y que, por lo tanto, hubo de salir despedido de la astronave por un sitio distinto que los otros. Aquélla era la única esperanza que tenían de no haber sido afectados por la radiactividad en un grado tan intenso como Santello.

Poco a poco fueron quedándose dormidos, sin establecer un turno de guardia, ya que lo consideraban inútil.

Brun se había dado cuenta, porque él mismo lo experimentaba, aunque con menos fuerza que los otros, del fatalismo que se había apoderado de todos, como si estuviesen seguros de que, hiciesen lo que hiciesen, nada podría detener el destino que les esperaba y que no podía ser más negro.

Tumbado junto a uno de aquellos matojos de hojas verdosas, ahora completamente invisibles en la oscuridad reinante, Ives no dejaba de preocuparse por la suerte de todos aquellos que, antes de salir de la Tierra, estaban llenos de vida y que ahora parecían, como él mismo, haber envejecido veinte años en unos días.

Él hubiese querido poder ayudarles y era indudablemente su misión, ya que no había más médico y biólogo que él en la expedición; pero ¿qué podía hacer?

Nunca se había encontrado ante hechos tan extraños y fantásticos. La falta

de sensibilidad, en cierto modo, era explicable, pero lo que resistía a cualquier intento de aclaración era la falta de instintos fundamentales, el poder vivir sin comer ni beber, gozando de una potencia orgánica ilimitada.

Se había apartado un poco de sus compañeros y, boca arriba, contemplaba las estrellas, las mismas que podían contemplarse desde la Tierra, pero que poseían una significación tan distinta.

¿Qué dirían en la Tierra de la Kon-Tiki?

Seguro que la prensa había hablado de ellos, infundiendo esperanzas al público y que, después, poco a poco, había ido planteando la verdadera solución de aquel problema, comunicando que la nave, con todos sus tripulantes, había desaparecido para siempre.

Aunque era un poco temprano.

Porque desde la salida de Júpiter la Kon-Tiki tenía que hacer un largo viaje por el espacio, fuera de la ruta del Sistema y en Plutón no les esperaban tan temprano.

«Fuera de la ruta...»

Aquello le hizo pensar en el planeta desconocido, un mundo que ni él ni ninguno de sus compañeros había visto dibujado en los mapas cósmicos. ¿Cómo podía haber pasado desapercibido a las observaciones de los astrónomos de la Tierra?

Por la fuerza de atracción y la gravedad reinante allí, podría decirse que el planeta tenía características parecidas a la Tierra. Y, sin embargo, no estaba en los mapas, nadie lo había visto ni descrito jamás.

Fue entonces cuando la voz sonó junto a él, como una advertencia, rogándole que no se moviese:

—Estese quieto, por favor... no se mueva.

Y después:

—Soy un amigo y deseo hablarle urgentemente antes de que sea demasiado tarde. Ahora, dentro de unos instantes y sin que sus compañeros se den cuenta, haga el favor de levantarse y seguir hacia la derecha de ese tronco medio podrido. Yo estaré detrás.

El silencio se hizo de nuevo.

Por un momento Ives se preguntó si estaba delirando o era presa de una alucinación; pero el ruido de los pasos que se alejaban le demostró que no soñaba y, siguiendo las instrucciones que acababa de recibir, se levantó en silencio, marchando hacia el tronco medio podrido del árbol.

No tenía miedo.

Todo temor había huido de él, no solamente porque sabía que era incapaz de experimentar una sensación cualquiera, sino porque el fatalismo se había apoderado de su espíritu y ya nada podía importarle.

Pero, a pesar de su buena disposición de ánimo, no pudo evitar un estremecimiento al descubrir, detrás de un árbol, a la luz conjugada de las cinco lunas, la figura del hombre que había descubierto espiándolos y que había huido cuando él le llamó.

Al verle ahora con tranquilidad sintió una repugnante sensación, un desagrado enorme, como si viese un ser que acabase de escapar de la tumba.

¿Qué clase de criaturas podían poblar aquel mundo?

—He venido a verle —dijo el otro — para ponerle en guardia.

—¿Quién es usted?

—Éso no importa... aunque puedo decirle que soy un hombre como usted.

—¿Como yo...?

—Sí. Llegué a Tanos de la misma forma que ustedes. Nuestra astronave, el «Eagle», chocó contra este planeta.

—¡El «Eagle»! ¡Dios santo! Ahora recuerdo que estuvieron buscándolo, inútilmente, por todas partes. ¿No eran ustedes una de las primeras expediciones a Plutón.

—Sí, aunque nuestro objetivo estaba fuera del Sistema Solar; pero eso no importa nada ahora.

—¿Se salvaron todos?

—No, sólo algunos... cinco en total.

Hubo un silencio.

—Usted me dijo que quería prevenirme, ¿de qué?

—De los otros.

—¿Qué otros?

—De Alan, Her y Bernard. Son los otros tres miembros de la tripulación del «Eagle». Nos separamos hace mucho tiempo. Yo vivo con Fred.

—¿Quién es?

—Un antiguo profesor de geología cósmica. Yo era psicólogo, el psicólogo de la nave.

—Comprendo.

—Los otros supervivientes no eran más que simples miembros de la tripulación... y no de los mejores. Por eso quiero avisarle.

—¿Pueden hacernos daño?

—Sí. Además, tienen a las muchachas.

—¿Eh?

El asombro de Ives fue formidable.

—Eso quiere decir que todas están vivas, ¿verdad?

—Sí.

—¡Estupendo! Cuando los otros se enteren no podrán detenernos para rescatarlas.

—No corra tanto, joven. ¿Olvida su posición?

—¿Qué quiere usted decir?

—Su falta de sensibilidad. Ellos pueden destrozarles, mientras ninguno de ustedes podría agacharse y coger una simple piedra.

—Es verdad.

Y después de una pausa:

—¿También es usted insensible?

—No, lo fui, como todos, ya que parece ser una de las cualidades de este planeta. Escuche... Voy a darle una especie de cactus con el que frotaré una de sus manos, o las dos, para que mañana, ya de día, pueda recoger otros y frotar las manos de sus compañeros.

Ives le miró, extrañado.

—¿Para qué?

—Esa planta les permitirá recobrar la sensibilidad inmediatamente. ¿Entiende?

—Sí. ¿Le ocurrió igual a usted?

—No. Nosotros tardamos mucho tiempo en recuperarnos por entero. Pero nos estamos separando del objetivo de mi visita: debe tener cuidado, ya que Alan y los otros dos piensan atacarles... y matarles.

—Pero ¿por qué?

—¿No lo entiende? Las muchachas...

Ives se mordió los labios.

—Entiendo...

—Usted, precisamente, es el único que no debe temer nada. A usted le necesitan.

Ives se extrañó:

—¿Para qué?

—La destrucción del «Eagle» no fue total. El astrocohete chocó, tangencialmente, contra una de las colinas y aunque el golpe fue horrible, el aparato no explotó totalmente. Alan desea que usted les ayude a hacer una pequeña astronave para volver a la Tierra.

—¿Yo? ¡Pero si soy médico!

El otro le miró fijamente.

—¿No es usted Hermann?

—No.

—Perdone...

—No importa.

Hubo una pausa:

—Extienda usted las manos: voy a frotarle con este cactus.

Ives no sintió nada mientras el otro frotaba enérgicamente.

—Deben ocultarse y esperar a que la sensibilidad les vuelva por completo. Les advierto que las armas de Alan se reducen a arcos y lanzas primitivas.

—Gracias.

—¡Ah, otra cosa! No se preocupen por la muchacha llamada Gina: está con nosotros.

—Pero — el asombro de Ives iba en aumento—, ¿no ha muerto?

—No. Ya volverá cuando esté curada. No se preocupe: está bien con nosotros y no le ocurrirá nada.

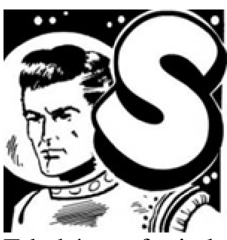
—Es usted muy bueno.

El otro hizo una mueca, que quiso ser una sonrisa. Y señalando el cactus, expuso:

—Encontrará esta planta por todas partes: abunda mucho. Adiós.

Y se alejó, perdiéndose en las sombras de la noche.

CAPÍTULO VII



E habían refugiado en una de las cuevas de la base de las colinas. Y, sentados en corro, se dejaron frotar las manos por Ives.

—¡Parece imposible —dijo Luigi, cuya expresión de tristeza había desaparecido en parte.

—¡Dínoslo a nosotros! — repuso William—. Cuando vimos a Gina estábamos más que seguros de que había muerto.

Ives miró en derredor suyo.

—¿No ha vuelto Hermann?

—No—repuso Jack—. Fue a buscar cactus, ya que le frotaste su única mano el primero.

—¿Así que esos tipos eran del célebre «Eagle»? — volvió a preguntar Luigi.

—Sí.

—Sí.

—¡Qué coincidencia!

—No debieron pasarlo muy bien — opinó su amigo—. Su aspecto es verdaderamente repugnante.

—Deben de ser cosas de este planeta.

—Lo interesante — tornó a intervenir Luigi— es que el «Eagle» no haya sido destruido por completo.

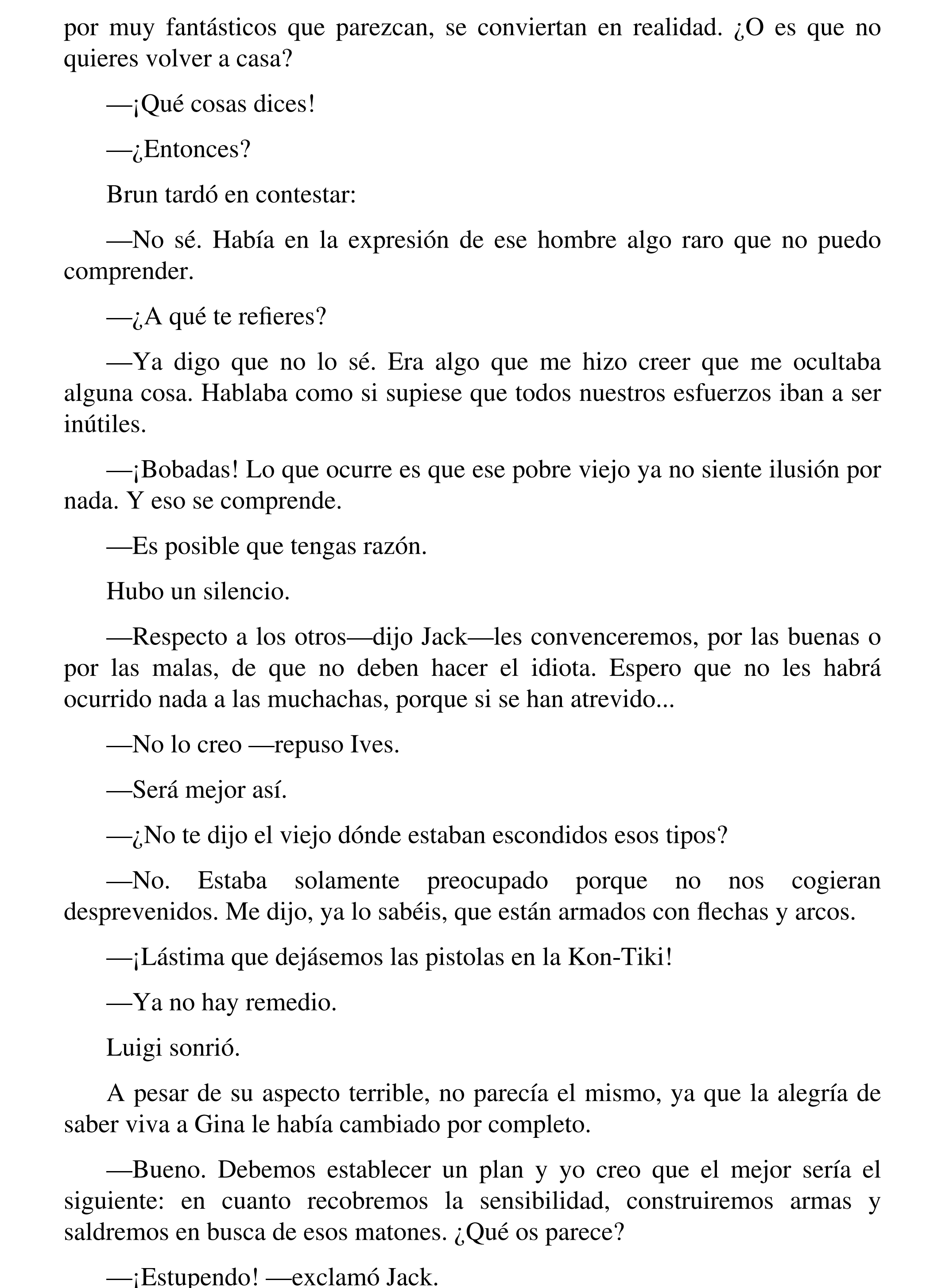
Los ojos de Jack se encendieron.

—¡Es formidable! Con un poco de paciencia y con la ayuda de Hermann, que es un verdadero técnico en esas cosas, podríamos reconstruir el espaciocohete y largarnos de aquí.

—¿Tú sueñas?

Trempson miró a Brun:

—¿Soñar? ¡Claro que sueño! Pero haré lo imposible para que mis sueños,


por muy fantásticos que parezcan, se conviertan en realidad. ¿O es que no quieres volver a casa?

—¡Qué cosas dices!

—¿Entonces?

Brun tardó en contestar:

—No sé. Había en la expresión de ese hombre algo raro que no puedo comprender.

—¿A qué te refieres?

—Ya digo que no lo sé. Era algo que me hizo creer que me ocultaba alguna cosa. Hablaba como si supiese que todos nuestros esfuerzos iban a ser inútiles.

—¡Bobadas! Lo que ocurre es que ese pobre viejo ya no siente ilusión por nada. Y eso se comprende.

—Es posible que tengas razón.

Hubo un silencio.

—Respecto a los otros—dijo Jack—les convenceremos, por las buenas o por las malas, de que no deben hacer el idiota. Espero que no les habrá ocurrido nada a las muchachas, porque si se han atrevido...

—No lo creo —repuso Ives.

—Será mejor así.

—¿No te dijo el viejo dónde estaban escondidos esos tipos?

—No. Estaba solamente preocupado porque no nos cogieran desprevenidos. Me dijo, ya lo sabéis, que están armados con flechas y arcos.

—¡Lástima que dejásemos las pistolas en la Kon-Tiki!

—Ya no hay remedio.

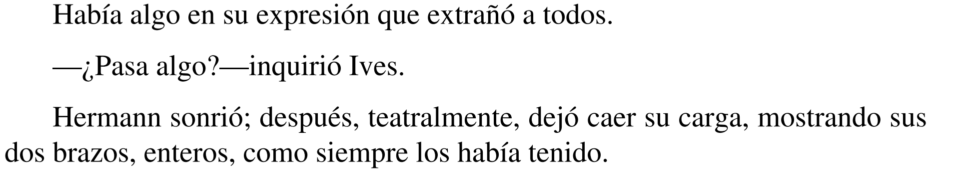
Luigi sonrió.

A pesar de su aspecto terrible, no parecía el mismo, ya que la alegría de saber viva a Gina le había cambiado por completo.

—Bueno. Debemos establecer un plan y yo creo que el mejor sería el siguiente: en cuanto recobremos la sensibilidad, construiremos armas y saldremos en busca de esos matones. ¿Qué os parece?

—¡Estupendo! —exclamó Jack.

Fue entonces cuando oyeron los pasos de Hermann, que apareció, cargado con multitud de cactus.



Había algo en su expresión que extrañó a todos.

—¿Pasa algo?—inquirió Ives.

Hermann sonrió; después, teatralmente, dejó caer su carga, mostrando sus dos brazos, enteros, como siempre los había tenido.

—¡Mirad!

—¿Eh?

El asombro se pintó en el rostro de todos, pero Ives fue el único que se sintió especialmente afectado.

Se levantó, en silencio, tocando aquel brazo nuevo de su amigo. Era, en todo, semejante al otro.

—¿Cómo ha ocurrido?

Hermann se encogió de hombros.

—No lo sé — repuso—. Yo estaba cogiendo estas plantas cuando, de repente, noté que el otro brazo aparecía, de golpe. Creí que me estaba volviendo loco; pero, después de comprobar que no era una alucinación, no tuve más remedio que alegrarme.

Luigi miraba el brazo con los ojos muy abiertos.

—Eso quiere decir que Gina va a recuperar sus piernas... ¡Viva! ¿No os dais cuenta que, a pesar de lo extraño de este planeta, posee, al menos, algunas cosas ciertamente maravillosas?

Todos rodearon a Hermann, palpando el nuevo brazo y riendo como locos.

Ives salió a la entrada de la cueva.

La cabeza le daba vueltas.

Hasta entonces había tenido confianza en algo; pero ahora, cuando cosas como la que había ocurrido a Hermann sucedían...

«¿Dónde hemos ido a caer?», se preguntó.

* * *

Al día siguiente habían recobrado por completo la sensibilidad.

Fue para ellos algo nuevo, ya que podían tocar las cosas y utilizar sus manos como de costumbre.

Dedicaron todo el día a la fabricación de arcos, lanzas y flechas, dispuestos a enfrentarse con Alan y los suyos, que, con toda seguridad, les

estaban buscando.

Al llegar la noche y después de haber celebrado una especie de reunión general en la que se votó, por unanimidad, el salir el día siguiente en busca de los hombres que habían raptado a las muchachas, se estableció un riguroso servicio de guardia.

Ives no se equivocó al ver, cuando estaba él ante la entrada, acercarse al viejo John.

—Hola.

—Hola —repuso el joven.

—¿Va todo bien?

—Sí.

—Ya veo que podéis defenderos. Mañana llegarán a esta parte de las colinas.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he estado siguiendo sus movimientos durante todo el día. Os buscaron en el bosque, creyendo que estabais todavía allí.

—Son tres, ¿verdad?

—Sí.

—Morirán.

El otro no dijo nada.

En el silencio que siguió, tan sólo se oía el maullido de las fieras que recorrían los arenales. Bajo la difusa luz de las cinco lunas, las sombras parciales se entrecruzaban, dando a los objetos iluminados contornos tan inéditos como fantásticos.

—¿Y Gina?

—Sigue bien.

Ives no pudo esperar más y estalló:

—¿Sabe que Hermann perdió un brazo, que le comieron los buitres?

—No, no lo sabía, la verdad; pero ¿lo ha recuperado ya?

—¿Cómo? ¿También conoce eso?

—Sí.

Brun dudó unos instantes; después dijo:

—Escuche, amigo: yo soy médico y biólogo...: ¿cómo es posible que ocurran cosas tan extraordinarias?

—¿Lo del brazo?

—Sí. Y otras muchas cosas.

—¿Cuáles?

—Nuestra presencia aquí, después del choque de la astronave en que veníamos. ¡Si hubiese visto en qué estado quedó!

—Ya lo vi. Estuve en el cráter.

—¿Y cree usted que no es más que una casualidad el que nos salvásemos todos?

El otro tardó en contestar.

—Igual ocurrió con nosotros.

—¡Pero fue diferente!

—¿Por qué?

—Usted me dijo anoche que no todos se salvaron.

—Es verdad, pero me expresé mal. Todos nos salvamos: lo que ocurrió es que fueron desapareciendo.

—¿Murieron?

—Sí.

—Comprendo.

Y después de un nuevo silencio continuó:

—Usted sabe algo, señor... ¡Dígamelo! ¿No comprende que estoy buscando la respuesta a todas las preguntas que este planeta me ha planteado?

—Yo no sé nada, Ives.

—¿De verdad?

El otro dudó.

—Y aunque lo supiese, puedes creerme, amigo, es muchísimo mejor ignorar. Puedo asegurártelo.

—Yo daría cualquier cosa por saber.

—Ya sabrás..., si es que llegas a darte cuenta por ti mismo.

—Eso quiere decir que usted «sabe».

El otro dudó en contestar.

—Sí, sé..., pero tanto Fred como yo llegamos a esa conclusión después de muchísimo tiempo. Y ¿quieres que te diga la verdad?

—¡Estoy deseándolo!

—Pues bien: «saber» es peligroso.

Ives torció el gesto.

—Debo irme —dijo el otro—. Ya te he advertido y sabes que Alan y los otros dos llegarán aquí mañana por la mañana. Sería muchísimo mejor que intentaras evitar la lucha y convencerles.

—¿Crees que cederán?

—Es posible. Para ellos, emborrachados ahora por la presencia de las muchachas, lo verdaderamente importante es salir de aquí.

—¿Son tan importantes los restos que quedan del «Eagle»?

—Yo no entiendo de eso. Pero...

—Pero ¿qué...?

—Nada. Debo irme. Tened mucho cuidado.

—Así lo haremos.

Ives vio alejarse al viejo esqueleto, sintiendo, como siempre, aquella insoportable intranquilidad que se apoderaba de él cada vez que veía a John.

Porque estaba completamente seguro de que el viejo lo sabía «todo».

¿Tan terrible era «la verdad» que era preferible ignorarla?

Hizo esfuerzos; pero, como siempre, no consiguió llegar a parte alguna.

* * *

Después de escuchar lo que Ives les dijo que el viejo le había comunicado, optaron por cambiar el plan, situándose estratégicamente en los alrededores, bien parapetados y esperando la llegada de los otros.

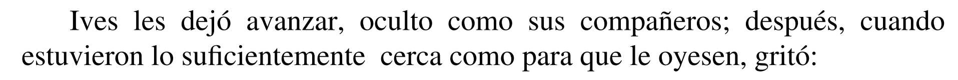
Brun les rogó que no disparasen hasta que él lo ordenase, ya que, como les demostró, sólo ellos sabían dónde se encontraban los restos del «Eagle».

Aquello les convenció.

Esperaron casi toda la mañana, hasta que, de repente, vieron a los tres hombres que, viniendo de los arenales, avanzaban hacia las colinas.

Como todos, Ives se estremeció al verlos.

No eran tan esqueléticos como el viejo, pero su delgadez también era impresionante, así como sus cráneos pelados, excepto el de Alan, en el que se veían algunos mechones pelirrojos.



Ives les dejó avanzar, oculto como sus compañeros; después, cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para que le oyesen, gritó:

—¡Eh, Alan!

Los tres hombres, que iban armados con arcos, se detuvieron, sin huir, pero visiblemente sorprendidos. Hasta que el llamado Alan lanzó una carcajada.

—¿Eres adivino para saber mi nombre? ¡Asoma la cabeza, amigo!

—No hagas el tonto, Alan. Te estamos amenazando con flechas y no escaparías si quisiéramos disparar.

—¡No digas bobadas! Ninguno de vosotros podéis serviros de vuestras manos... ¡Salid u os haremos salir como conejos!

—Voy a demostrarte que te equivocas, Alan.

Ives lanzó una flecha que cayó cerca de los tres hombres. El asombro se pintó en sus rostros.

—¿Os dais cuenta? Hemos recuperado la sensibilidad y somos cinco: cinco contra tres..., a los que tenemos rodeados.

Alan y sus amigos miraron con desconfianza a su alrededor.

Hubo un largo silencio.

—¡Está bien!—dijo Alan, tirando su arco y siendo imitado por los otros dos—. Sois unos tipos listos y eso me gusta... ¿Hablamos?

Ives salió haciéndose visible y acercándose a los tres desconocidos. Se detuvo ante ellos.

—Me llamo Brun.

—Yo, Alan.

—Y yo Her.

—Yo soy Bernard.

—¿Y los otros?

Ives sonrió y mirando hacia el boscaje dijo:

—¡Salid, muchachos!

Le obedecieron, rodeando a los tres hombres. Luego, a un gesto de Ives, se sentaron todos, en corro.

—¿Cómo conoces mi nombre? — inquirió Alan.

—Eso no importa. Lo que nos interesa es que nos devolváis a las muchachas.

—¿También sabes eso? — sonrió—. ¡Ese viejo es un charlatán y terminaré cortándole la lengua!

—No lo harás.

—¿Por qué?

—Porque no estamos aquí para luchar, sino para ponernos de acuerdo y hacer algo positivo.

Alan asintió con la cabeza.

—¿Quién es Hermann?

—Yo—dijo el aludido.

—Encantado de conocerte, muchacho. Las chicas, cuando les hablamos de nuestro proyecto, te nombraron a ti, asegurando que eras capaz de arreglar cualquier astronave.

—Veré lo que puedo hacer.

—Mucho. El «Eagle» quedó en bastante buen estado. Naturalmente que lo desarmamos casi todo, en cuanto volvimos a tener sensibilidad, para evitar que se estropease completamente a la intemperie.

—¿Habéis guardado las piezas?

—Sí.

—¿Y los motores?

—Había cuatro, pero uno de ellos debió destruirse.

—Con tres habrá bastante.

—Tenemos además cohetes pequeños de emergencia para enviar mensajes.

—¿No los habéis utilizado?

Alan entornó los ojos.

—Todos... menos uno. Pero nadie vino.

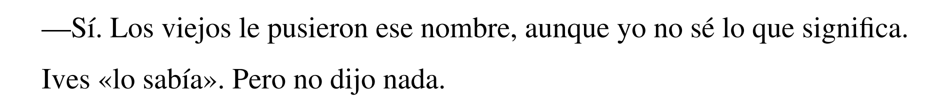
Hubo un silencio.

—¡Tenemos que salir de aquí!—exclamó, bruscamente, Luigi—. Este maldito planeta acabará por convertirnos en verdaderos monstruos.

Alan sonrió.

—¿Lo dices por tu cabeza? No te preocupes y míranos a nosotros. Todos vosotros pasaréis lo mismo. Tanos es así.

—¿Tanos?



—Sí. Los viejos le pusieron ese nombre, aunque yo no sé lo que significa.

Ives «lo sabía». Pero no dijo nada.

Aunque no comprendía «aún»...

—¿Y las muchachas? — inquirió Jack, mirando a Alan a los ojos. Este sonrió.

—No les ha ocurrido nada. Ya comprenderéis que para nosotros, antes de conoceros, eran una cosa importante. Ahora ya no hay que preocuparse... En la Tierra, cuando los médicos hayan terminado con nosotros, tendremos todas las chicas que queramos.

CAPÍTULO VIII



UANDO penetraron, precedidos por Alan y los suyos, en la cueva donde estaban las muchachas, la alegría les embargaba.

Aunque momentos más tarde estuvieron a punto de retroceder, tal era el terror que se apoderó de todos ellos.

Completamente calvas, arrugadas y con la piel amarillenta, las jóvenes eran capaces de despertar una repugnancia que nadie podía controlar ni reprimir.

Tuvieron que hacer un verdadero esfuerzo para que ellas viesen, al menos, una expresión de alegría que ninguno de ellos experimentaba realmente.

Lina cogió con timidez el brazo de Ives.

—¿Te causo horror, verdad?

Él sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—No, querida... Los médicos de la Tierra curarán todas nuestras lacras, debidas a la radiactividad a que hemos estado sometidos.

—Es espantoso.

Él sonrió.

Hay que tener paciencia, pequeña. Lo importante es que hayamos salido con vida: la ciencia de la Tierra hará lo demás.

—Pero ¿qué clase de mundo es éste en realidad, Ives?

—No lo sé.

—Todos nosotros hemos leído cosas horripilantes contadas por los astronautas: las fieras bicéfalas de Mercurio, los seres ameboides de Júpiter... los plasmas humanoides de Marte... Cosas verdaderamente increíbles; pero todo ello no es nada al lado de lo que nos está ocurriendo a nosotros.

Queriendo cambiar de conversación, Ives preguntó:

—¿Tardasteis mucho en recobrar la sensibilidad?

—Nosotras no la perdimos nunca.

—Es curioso.

Pasearon en silencio por los alrededores de la cueva.

—Pronto volveremos a la Tierra, Lina. Hermann está examinando ahora los restos del «Eagle». Y creo que hará algo que nos saque de este maldito planeta.

—¡Ahora has dicho su nombre! ¡Maldito y mil veces maldito!

Lo extraño es que un planeta como éste no fuese conocido antes.

—Nunca le recordaré si llegamos a salir de aquí... ¡Nunca! Iré a un psicólogo y le diré que borre todo lo que mi memoria haya guardado de este mundo.

—Harás bien.

Poco después, nuevamente reunidos todos, esperaron que Alan y Hermann regresasen para escuchar lo que éste hubiera observado.

—He visto todo lo que queda del «Eagle» — empezó Swatz—. No es mucho, pero sí lo bastante para hacer una nave del espacio, limitada, por desgracia, a un máximo de cuatro personas.

El silencio que siguió a aquellas palabras fue evidentemente tremendo y lleno de ansiedad para todos.

—¿No es posible hacerla más grande? — inquirió Ives, más por romper el silencio que por otra cosa.

—No.

Y después de una pausa:

—La cabina, a lo que queda, así como el generador de oxígeno, limitan el número de pasajeros. Más de cuatro sería una verdadera locura.

—Tú tendrás que ser uno de ellos.

—Naturalmente — e Ives sonrió—. Nadie podría pilotarlo.

Hermann no contestó.

—¿Y los otros? — inquirió Luigi, con una ansiedad que se leía en cada una de las sílabas que había pronunciado.

—Tendremos que estudiarlo.

—¡Es horrible! —exclamó Pat—. ¿Por qué nos persigue, con tanta saña, la desgracia?

Intervino Brun.

—No creo que debamos hacer una espantosa tragedia de todo esto. Lo importante es que alguien salga de aquí. Después, podéis estar seguros,

vendrán a buscarnos rápidamente.

—Pero ¿quién va a salir en el primer cohete?

A la pregunta de Luigi nadie contestó de momento. Sólo Ives, después de una pausa, dijo:

—Podríamos sortear los otros tres puestos... entre las muchachas.

Alan dio un brinco.

—¿Cómo? ¿Por qué entre ellas?

—Porque creo que les debemos un poco de cortesía.

—¡Una porra!—bramó Alan—. Hay que obrar con lógica. Ustedes acaban de llegar y nosotros estamos más influidos que nadie por el ambiente de este planeta. Somos como heridos más graves... ¿No es lógico que seamos nosotros tres, junto a Hermann, los que nos vayamos primero? Si tardamos un poco más, los médicos de la Tierra no podrán ya hacer nada por curarnos.

—Es verdad—dijo Lina.

—¡Protesto! — clamó Luigi—. Yo también he sido afectado—y se pasó la mano por el cráneo pelado.

—Calma, por favor—intervino nuevamente Ives—. Por el momento, empecemos por arreglar la nave. Mientras, con un poco de voluntad, podremos ir estudiando una fórmula que satisfaga a todos.

Les miró fijamente.

—Por mi parte —dijo con voz clara—, me quedo voluntariamente para la última expedición.

—Yo me quedo contigo —dijo Lina.

* * *

Aquella noche, cuando todos descansaban, Ives abandonó la cueva, marchando por el borde de las colinas. Quería ver a John y sabía que el viejo, que debía estar espiándolos, se reuniría con él.

Así ocurrió.

Al encontrarse siguieron andando, el uno al lado del otro, sin decirse nada.

Después:

—Hermann ha examinado los restos del «Eagle» y dice que se puede hacer algo con ellos.

—¿Sí?

No había interés alguno en aquella pregunta indirecta.

—Sí. Yo he pensado en ustedes dos.

—¿Por qué?

—Son los más viejos de todos nosotros y, además, dos hombres de ciencia, cuyas manifestaciones pueden ser muy interesantes para sus colegas de la Tierra.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que podríamos hacer que ustedes fuesen los primeros en marchar.

John se volvió, mirando al joven con renovado interés.

—Tienes muy buen corazón, muchacho. Es extraño.

—¿Extraño?

—Sí. En Tanos es casi paradójico.

Ives sonrió.

—Ahora me recuerda usted que debía hacerle una pregunta. ¿Por qué pusieron ese nombre al planeta?

—¿Sabes lo que significa?

—Lo supongo: Tanos es una contracción de la palabra griega «tanatos», que significa muerte.

—¿Y qué crees que nos espera aquí?

Brun tardó en decir:

—Comprendo.

Y después de una nueva pausa:

—No me ha contestado a mi pregunta de antes, profesor. ¿Por qué no regresan a la Tierra?

—Porque nadie lo hará.

—¿Eh?

—No, no me mires así... Ya te dije que la verdad era muy fea, tremendamente espantosa.

—¿Va a decírmela?

—No... Vamos a ver a Gina, está casi completamente recuperada.

El joven no se atrevió a decir nada más, siguiendo a John, que, precediéndole, le condujo a la gruta, ante la que estaba Fred.

—Éste es el muchacho del que te hablé, Fred.

El otro esqueleto viviente le estrechó la mano.

—Pasa —dijo John.

Gina, en efecto, yacía, con los ojos abiertos, sobre un montón de hierba seca... ¡y poseía sus dos piernas!

Aunque aquello no maravilló demasiado al joven.

—¡Ives!

Se arrodilló junto a ella.

—Me alegro mucho de que estés bien, Gina. Luigi no hace más que preguntar por ti.

Estaba como las otras: sin cabello y con aquel color amarillento en la piel.

—¿Crees que querrá verme... así?

E hizo un gesto con la cabeza.

—Sí, te quiere ver, Gina.

—Tardará un par de días en recuperarse por completo—observó John.

—¿Vamos, muchacho?

—Sí.

Se despidieron de la joven y de Fred, regresando poco a poco hacia el campamento de los otros.

Ives estaba preocupado y el otro se dio cuenta. Por eso, al cabo de un rato:

—Comprendo que mis palabras te hayan hecho daño, Brun, pero no tenía más remedio que pronunciarlas.

—Lo comprendo.

Y después de un penoso silencio:

—Lo que me duele es que haya afirmado tan categóricamente que nadie volverá a la Tierra.

—¿No te dije un día que la verdad era dolorosa?

Brun se volvió hacia él, frenético, fuera de sí.

—¡La verdad! ¡La verdad! ¿Por qué me tortura así, sin decírmela de una vez para siempre?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no ha llegado el momento...

Ives no dijo nada.

Pero, a medida que se alejaban, pensó que estaba preocupándose por algo que, después de todo, podía tener una explicación sencilla y que debía ser único:

¡John y Fred estaban locos!

¿Había algo de extraño, después de permanecer en aquel terrorífico ambiente, sin esperanza alguna para ellos?

Inclusive podía muy bien ocurrir que los dos viejos, separados del resto de los supervivientes del «Eagle», hubiesen concebido ladinamente una venganza utilizando a Brun, a él, para conseguirlo.

Porque hasta aquel momento no había hecho otra cosa que sembrar la duda en el cerebro del joven, introduciendo misterios mucho más profundos que los que el propio planeta planteaba.

Aquella explicación le tranquilizó no poco.

Habían llegado al lugar donde tenían que separarse.

—¿Nos seguiremos viendo? — inquirió John.

—Sí.

—Y perdona si no puedo decirte por el momento lo que tanto ansias saber.

—No tiene importancia; puedo esperar.

* * *

A la mañana siguiente, del brazo de Lina, Ives fue al lugar donde Hermann, ayudado por los del «Eagle», trabajaba en la reconstrucción de la astronave.

Una fiebre tremenda parecía haberse apoderado de aquellos hombres.

Jack, William, Luigi y las cuatro muchachas seguían con interés la labor de los demás, ayudando en cualquier ocasión que su cooperación era requerida.

Hermann los vio, acercándose sonriente a ellos.

—¡Esto va rápido, muchachos!

—¿Cuándo lo tendrás preparado?

—Dentro de una semana.

—Estupendo.

Cogiéndolos del brazo, Hermann los llevó aparte.

—Quería hablar contigo, Ives.

—¿Molesto? — sonrió Lina.

—No, quédate.

Y volviéndose hacia el joven:

—Tengo miedo, Brun.

—¿De qué?

—Todo el mundo parece haber olvidado la discusión de la otra noche, como si no se acordasen de los gritos que dieron para ver quién iba a irse en el primer viaje.

—Se habrán serenado.

—¡Quiá! Lo que ocurre es que cada uno de ellos, personal o colectivamente, por grupos, están meditando planes: planes que no deben tenar nada de buenos.

—¿Qué quieres decir?

—Que van a matarse sin piedad, Ives. Y tú has de evitarlo.

Brun recordó las palabras de John:

«Nadie volverá a la Tierra.»

¿Habría adivinado todo aquello?

—Nos reuniremos antes de que termines —dijo.

—Va a ser muy difícil convencerlos, Ives.

—Lo veremos. Si hay tres plazas libres, ya que tú debes ir a la fuerza, veremos quién lo merece más, aunque supongo que querrás llevarte a Helen. Tú sólo puedes imponer condiciones.

Hermann movió la cabeza.

—No. He hablado con ella y está dispuesta a esperar su turno.

—Es una vergüenza que sean las muchachas las que nos enseñen modales. En fin, veremos el modo de arreglarlo.

—Yo a los que más temo es a Alan y a los suyos.

—¿Y Luigi?

—Tienes razón. Ha cambiado mucho, y desde que sabe que Gina está bien se lee la decisión en sus ojos.

—Le calmaremos.

Hermann puso la diestra sobre el hombro de Brun.

—¡Ojalá todo salga bien!

Y se alejó, volviendo al trabajo.

* * *

Aquella tarde Ives perdió todos sus cabellos, que le cayeron de golpe, como si una misteriosa mano se los hubiese arrancado sin dolor.

Sin embargo, no hizo comentario alguno y Lina le acarició el rostro, mientras las lágrimas caían de su rostro.

—No te preocupes, querido.

—No lo hago, pequeña.

Salieron a dar una vuelta.

De todas las parejas, eran ellos los menos interesados por la construcción de la astronave y preferían dar largos paseos, casi siempre sin hablar, a permanecer en el taller de Hermann.

Era como si comprendiesen que todos aquellos esfuerzos podían muy bien ser inútiles.

Por la noche, Ives, que apenas dormía — ninguno parecía tener necesidad de hacerlo, ocurriéndoles igual con la comida y bebida—, se encontró de nuevo a John.

—Gina volverá mañana con vosotros —le anunció el viejo.

—Me alegro.

—¿Cómo sigue la construcción de la astronave?

—Bastante adelantada.

Una sonrisa triste se pintó en los descarnados labios del profesor.

—El hombre ha sido siempre así, muchacho.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que jamás se detuvo cuando un hálito de esperanza vivía en él. Recuerdo, hace muchos años, que conocí a un condenado a muerte, con el que, por ciertas circunstancias, tuve que pasar los últimos momentos... Para ser franco, yo también estaba condenado a la misma pena, pero mi indulto llegó antes de que la muerte lo hiciese.

—¿Qué pasó?

—Aquel hombre hacía proyectos la noche antes de su ejecución. Estaba completamente seguro de su indulto y en vez de asombrarse de ello se limitaba a forjar sueños, a construir una nueva vida... cuando ya la muerte llamaba a su puerta.

—¿Somos así nosotros?

—Peor.

Y después de un largo silencio añadió:

—Esta noche quiero que veas algo. Hay lunas suficientes para que podamos hacer una visita a una cueva, abierta por la parte de arriba.

Y cuando le siguió, escalando las colinas:

—El «Eagle»—dijo John, como si hablase consigo mismo—llevaba bastantes pasajeros... quince en total.

—Quedaron cinco.

—Sí.

Después de recorrer un camino abrupto llegaron a la entrada de una cueva, y John, haciéndose a un lado, dijo:

—Pasa.

Ives obedeció.

La claridad de las cinco lunas penetraba por la parte superior de la caverna, iluminándola suficientemente. Así, casi desde la entrada, pudo contemplar el interior, viendo en seguida a los hombres que estaban sentados en el fondo.

Parecían momias, pero conservaban sus uniformes, sus botas y hasta alguno llevaba una campana espacial, a través de la que se veía la calavera.

—¿Son... ellos?

—Sí.

—¿Muertos?

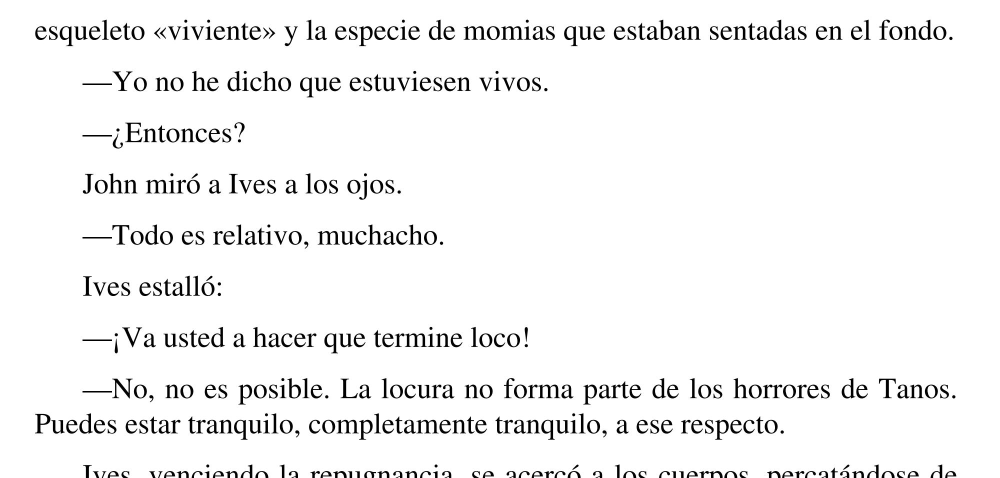
El otro se encogió de hombros.

—Digamos... quietos.

—¿Cómo? ¿No irá a decirme que esos hombres están vivos?

Y miró al viejo profesor, temiendo que la locura no fuese mucho más peligrosa que lo que había adivinado.

Pero, al mirar a John, vio que no había muchísima diferencia entre aquel



esqueleto «viviente» y la especie de momias que estaban sentadas en el fondo.

—Yo no he dicho que estuviesen vivos.

—¿Entonces?

John miró a Ives a los ojos.

—Todo es relativo, muchacho.

Ives estalló:

—¡Va usted a hacer que termine loco!

—No, no es posible. La locura no forma parte de los horrores de Tanos. Puedes estar tranquilo, completamente tranquilo, a ese respecto.

Ives, venciendo la repugnancia, se acercó a los cuerpos, percatándose de que estaban completamente inmóviles.

—Están muertos —dijo.

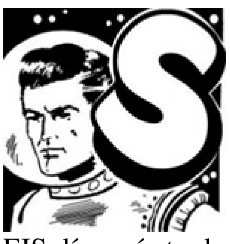
Y entonces, la fantástica respuesta llegó a sus oídos, inverosímil, alucinante:

—Porque no saben que Hermann está haciendo una astronave. Cuando se enteren, nada podrá detenerlos.

Ives se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir.

Pero en lo profundo de su espíritu se hizo una minúscula claridad. No era nada importante ni definitivo; pero, al menos, era como un anuncio de la cegadora luz de la verdad que no tardaría en conocer...

CAPÍTULO IX



EIS días más tarde, cuando una mañana se disponía a salir de paseo con Lina, como de costumbre, llegaron corriendo Luigi y Gina.

Hacía ya algunos días que la italiana había regresado al campamento general. Y Santello, desde aquel momento, parecía otro, no separándose de su compañera en ningún instante.

—¡Ives! ¡Ives!

Y cuando se detuvieron ante él:

—¡La astronave está terminada!

—¿Sí?

—Sí. Ven con nosotros. Queremos que la veas.

Brun observó la presión que en su mano hacia la de Lina, como si una emoción repentina se hubiera apoderado de ella.

—¡Vamos, querido! — suplicó.

Todos los del campamento estaban allí, contemplando arrobados la estructura brillante del aparato, sobre cuya proa Hermann, con toda seguridad, había pintado una dolorosa y emocionante palabra:

«ESPERANZA»

Hermann se acercó a ellos.

—¿Qué os parece?

—Una maravilla — repuso rápidamente Lina—. ¡La más hermosa máquina que vi jamás!

—Exageras —dijo Swatz.

—No. Es posible que las haya más bellas, más grandiosas, pero ésta significa algo muy grande para nosotros y por eso es un tesoro impagable.

Hermann sonrió; después, frunciendo el entrecejo, dijo:

—Falta lo más importante: probar los reactores.

—¡Todo saldrá bien!—se entusiasmó Lina.

Momentos después, cuando Brun logró sacarla de allí y una vez en la parte baja de las colinas, dijo:

—¿Qué te ocurre, pequeña?

Ella le miró.

—Me alegro mucho de que hayas notado que pasaba algo, querido.

—¿De qué se trata?

Cogidos de la mano, siguieron caminando unos instantes; luego ella dijo:

—Quiero que nos vayamos, Ives.

—¿Dónde?

—Quiero que regresemos a la Tierra, que nos hagamos ver por unos médicos, que nos devuelvan nuestra fisonomía de antes... y que nos casemos.

Ives sonrió.

—No he dejado de pensar ni un solo momento en ello, Lina.

—Lo sé; pero creo que no me has entendido.

—¿No?

—No. Lo que he querido decir es que quiero que nos vayamos «en el primer viaje».

—¿Eh?

—Sí, querido... ¡Estoy harta de estar aquí!

—¿Y crees que los otros no lo están?

—Poco me importa. ¡Tú eres el comandante! ¡Lo sigues siendo! Y quiero que te impongas y que regresemos ahora.

Brun frunció el entrecejo. Estaba alarmado de la súbita e inesperada reacción de la muchacha.

—Creí que deseabas esperar a que viniesen en nuestra busca.

—¡No! No tengo madera de mártir, Ives. Deseo la vida con toda la fuerza de mi corazón.

—Pero...

—¿Es que no te das cuenta que este maldito planeta terminará por aniquilarnos? — se puso ante él—. ¡Mírame! Me ha convertido en un monstruo, en alguien que, al llegar a la Tierra, tendrá que esconderse para no

morir de vergüenza...

—Todos padecemos el mismo mal.

—¡Pero vosotros no sois mujeres y no podéis comprender lo que para nosotras significa todo esto! ¡Mil veces preferiría la muerte si no tuviese la esperanza de que los cirujanos estéticos y los endocrinólogos me devolverán mi juventud y mi belleza!

Él explicó:

—Todo eso es cierto, pequeña, pero no debes olvidar que las otras mujeres piensan igual que tú. En realidad, desde que formamos aquel grupo en la Universidad de París, lo hicimos ya por parejas, seguros que terminaríamos casándonos, ya que nos parecía haber encontrado las parejas ideales: Luigi y Gina... Jack y Gloria... Hermann y Helen... William y Pat... tú y yo. Todos nosotros estábamos como predestinados y por eso salimos juntos para realizar una aventura que sentíamos con idéntica pasión.

»¿Cómo quieres ahora, Lina, que de preferencia a nuestros sentimientos, si conozco los de los demás porque son exactos a los nuestros? No puede ser, pequeña: antes me has llamado comandante. Nunca tomé en serio ese cargo que me disteis; pero ahora, cuando la situación es desesperada, me siento encarnado en el personaje y quiero demostrar a los otros que sé cumplir con mi deber.

»Igual que en los barcos, en las astronaves, el comandante es el último que la abandona. Y yo seré el último que salga de Tanos, cuando todos los demás estén a salvo.

—¡Eso es ridículo!

—Puede que sí, pero para mí se identifica con mi deber.

—¡Pamplinas! Aunque si tú quieres sacrificarte, si deseas pasar por héroe, ¿has de arrastrarme a tu locura?

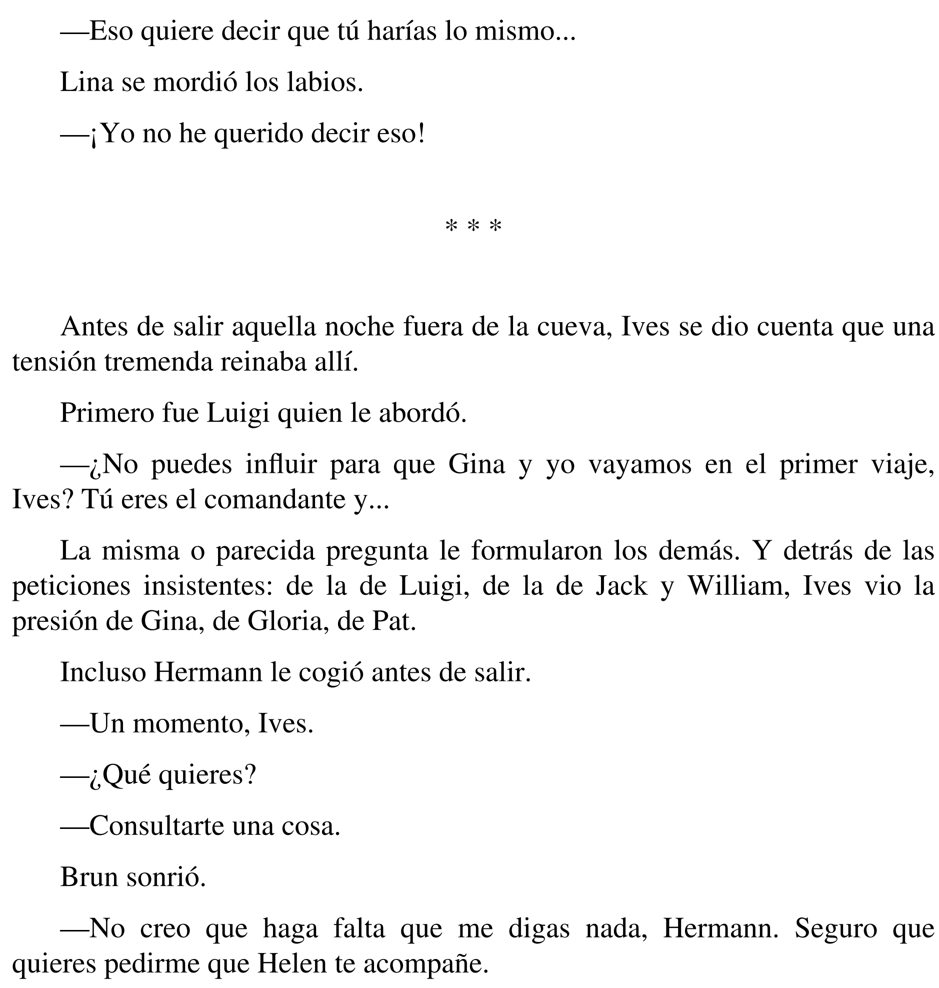
—Nunca lo pensé.

—¡Imponte entonces! Tú eres el jefe y puedes ordenar que yo sea la primera en salir, junto con Hermann, que, ya lo veras, se llevará a su querida Helen.

—¡No me dijo eso el otro día...

—¡Qué iluso eres! ¿Crees que Helen va a ser tan tonta de dejarlo ir? Porque aunque consigan llegar a la Tierra, ¿cómo encontrarán este maldito astro? Quizá tarden semanas, meses o años... Además, cuando Hermann esté bien y salga de las manos del médico, ¿te imaginas que va a seguir esperando cándidamente a Helen?

Ives la miró, horrorizado.



—Eso quiere decir que tú harías lo mismo...

Lina se mordió los labios.

—¡Yo no he querido decir eso!

* * *

Antes de salir aquella noche fuera de la cueva, Ives se dio cuenta que una tensión tremenda reinaba allí.

Primero fue Luigi quien le abordó.

—¿No puedes influir para que Gina y yo vayamos en el primer viaje, Ives? Tú eres el comandante y...

La misma o parecida pregunta le formularon los demás. Y detrás de las peticiones insistentes: de la de Luigi, de la de Jack y William, Ives vio la presión de Gina, de Gloria, de Pat.

Incluso Hermann le cogió antes de salir.

—Un momento, Ives.

—¿Qué quieres?

—Consultarte una cosa.

Brun sonrió.

—No creo que haga falta que me digas nada, Hermann. Seguro que quieres pedirme que Helen te acompañe.

—¿Cómo lo sabes?

—Uno se va volviendo un poco adivino en este dichoso planeta.

—No lo tomes en broma, amigo mío. Creo que, como único que puede pilotar el «Esperanza», puedo exigir que mi prometida me acompañe.

Ives se sentía tremendamente cansado.

—Está bien. Me parece lógico.

—¡Gracias, muchacho!

Y se alejó, sin darse cuenta de que Brun no poseía autoridad alguna; al menos él estaba seguro de que así era.

Un poco más tarde, ya en el camino de las colinas, encontró a John sentado.

—Buenas noches.

—Hola, amigo — repuso el profesor—. ¿Algo nuevo?

—La astronave está terminada.

—¿Cómo la llaman?

—«Esperanza».

El vejete esquelético dejó oír una risita breve.

—Lo imaginaba.

Levantó la mirada, clavando sus ojos brillantes en los de Brun.

—¿No hay... más novedades?

—¿A qué se refiere usted?

—¿No hay... algo más?

Ives bajó la cabeza.

—Sí. Todos quieren ir, desesperadamente.

—Es natural; es decir, no lo es. Pero ellos siguen ignorando la «verdad».

—Yo tampoco sé nada.

—Pero tu caso es distinto. Tú, al menos, intuyes algo, «olfateas» la verdad. Por eso sientes asco por tus compañeros. ¿O no lo sientes?

—Sí. Me dan asco.

—Igual que a mí. Igual que a Fred. De todos los que llegaron aquí, nosotros tres: nosotros dos por el camino de la deducción y tú por el de la intuición, hemos llegado a una conclusión lógica, necesaria, como verdad que lo es.

Ives movió la cabeza.

—Yo no he llegado a conclusión alguna: yo no sé nada.

—Pero lo sabrás pronto. No seas impaciente, muchacho... sobre todo cuando se trata de algo tan terriblemente amargo.

Hubo una larga pausa.

—Ahora—dijo John — que has llegado a sentir repugnancia por tus compañeros, incluso por ella...

Brun se estremeció.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque así debía ser. Ahora, repito, que has llegado a considerarles como se merecen, espero que tomaras una determinación.

—¿Cuál?

—No volver nunca más...

—¿Con ellos?

—Sí. Es inútil hacerlo... y sumamente peligroso.

—¿Por qué?

—Pronto vas a verlo.

Un poco después, John se puso en pie, seguido por el joven, que no se había sentado.

En cuanto tomaron el camino de las colinas, Ives se percató de que volvían a la gruta donde estaban los otros: los muertos, según él y los «quietos», según el viejo profesor.

Pero esta vez no penetraron en la cueva, sino que oblicuaron el camino, tomaron un sendero lateral y John se situó en un altozano. La luz pálida de las cinco lunas iluminaba un camino que iba serpenteando por la falda de las colinas.

—Agáchate — ordenó el viejo.

Ives lo hizo sin preguntar nada.

Momentos después un extraño cortejo empezó a salir de la gruta: eran los «quietos», cuya delgadez, más que humana, era ya cadavérica.

—¡¡Están vivos!! —se admiró el joven.

—Se mueven — corrigió el otro.

—¿Cómo? ¿Es que hay muertos que se muevan?

—Todo es relativo en Tanos, amigo mío.

El desfile tenía mucho de fantasmagórico.

—¿Sabes dónde van?

—No.

—Es fácil imaginarlo. Saben ya que la astronave está dispuesta.

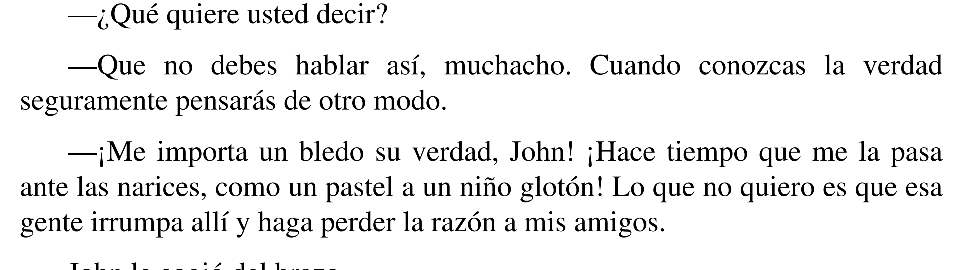
—¿Eh? ¿Quiere usted decir que ésos... van allá?

—¿Por qué no? ¿Es que los otros tienen más derecho?

Una rebelión indecible se apoderó del espíritu de Brun.

—¡No, eso no! ¡Hasta ahí podríamos llegar! Mis amigos pueden ser ambiciosos, locos, pero no son como ésos: ¡Monstruos de pesadilla! Esqueletos que andan.

—Un poco más de declive orgánico...



Ives le miró horrorizado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no debes hablar así, muchacho. Cuando conozcas la verdad seguramente pensarás de otro modo.

—¡Me importa un bledo su verdad, John! ¡Hace tiempo que me la pasa ante las narices, como un pastel a un niño glotón! Lo que no quiero es que esa gente irrumpa allí y haga perder la razón a mis amigos.

John le cogió del brazo.

—No lo hagas, de nada serviría... Y tú, más que ninguno, pagarías caro el intervenir.

Hubo una pausa.

El macabro cortejo se alejaba por el pasadizo de piedra.

—¿Qué van a hacer?

—Nada importante.

—¡Pero habrá lucha!

El viejo rió.

—¿Lucha? No la habrá «porque no puede haberla».

—¡No le creo!

—No importa. Deja que el destino se cumpla... cuanto antes. ¿Sabes que Fred se ha quedado quieto desde anoche?

Ives le miró extrañado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ven y lo verás.

Ives siguió al profesor a regañadientes. Estaba seguro que el viejo intentaba distraer su atención, alejándole del cumplimiento de un deber: el de avisar a sus amigos de la presencia de aquel alucinante peligro.

Pero, de todos modos, le siguió.

Cuando llegaron a la cueva, John se hizo a un lado, permitiendo que el otro pasase delante. La luz de los satélites le permitió ver al otro viejo, tendido en el suelo.

Parecía que su piel hervía.

—¿Qué es... eso? — inquirió Ives, con un gesto de repugnancia.

La respuesta le dejó helado.

—Gusanos.

Brun retrocedió, horrorizado.

Preguntó:

—¿Ha... muerto?

Hubo un largo silencio.

Después John le cogió del brazo, sacándolo fuera.

—No me ha contestado usted—insistió el joven.

—Voy a hacerlo—dijo el otro—. Me has preguntado si Fred había muerto y voy a decirte, sencillamente, que acaba de terminar de morir.

—No lo comprendo.

—Lo entenderás. Porque ha llegado el momento de que sepas la verdad: toda la verdad.

CAPÍTULO X



L viejo parecía mirar hacia las estrellas y permaneció mucho tiempo así, sin que el joven se atreviese a interrumpir aquella contemplación que tenía mucho de ensimismamiento.

—Cuando —empezó a decir John—recobré el conocimiento, después de la catástrofe del «Eagle», estoy seguro que tuve el mismo pensamiento que tuviste tú al pasar por el mismo trance: creí que estaba muerto.

—Es verdad.

—Yo me encontraba solo y me di cuenta, casi en seguida, de que mi sensibilidad había desaparecido. Luego, más tarde, la ausencia de apetito y de sed me extrañaron, del mismo modo que debió extrañarte a ti.

—Y no me lo explico aún.

—Paciencia.

Y después de una pausa:

—Tardé unos días en encontrar a los demás «supervivientes»; Alan, Her, Bernard y últimamente Fred. Los otros habían desaparecido y les dimos por muertos.

»Pasó muchísimo tiempo y nos dedicamos a ir de un lado para otro, vagando, sin comprender lo que nos ocurría, Notábamos que nada de lo que nos pasaba «era natural» y que nos encontrábamos en «un mundo raro», paradójico, donde los instintos habían sido abolidos por una ley tan misteriosa como absurda.

»La sensibilidad volvió más tarde.

»Luego empezaron a parecer curiosos fenómenos en nosotros: unos lobos se comieron un pie de Fred, pero lo recuperó al cabo de pocas horas; los cabellos cayeron y la delgadez fue haciéndose más aparente, más intensa.

»Teníamos miedo de morir lentamente.

Ives le preguntó:

—¿Cuándo aparecieron los otros?

—Ya lo sabrás. Desde el principio, Fred y yo intimamos, ya que éramos

los más viejos de la expedición y poseíamos una cantidad notable de afinidades que no podíamos compartir con los otros.

»Siendo los dos hombres de ciencia nos dedicamos a estudiar cuanto nos rodeaba, viendo muy pronto que lo que tenía verdadero interés era nuestro propio estado.

»¿Por qué nos ocurrían todas aquellas cosas?

»¿Por qué no necesitábamos ni beber ni comer?

»¿En qué clase de mundo habíamos caído?

»Todas aquellas preguntas nos perseguían con saña, día y noche, acuciándonos con el irresistible deseo de saber.

»Hasta que descubrimos la verdad.

Ives miró al viejo, pero éste parecía absorto en la contemplación de las estrellas.

—¿Qué verdad? — insistió el joven.

—La única que podía haber. Porque a todas las preguntas tremendas que nos formulábamos no había más que una respuesta: «sencilla», «lógica», «evidente».

—¿Cuál?

Hubo un silencio después:

—«Que ya estábamos muertos.»

—¡¡No!!

John dejó de mirar al firmamento, volviendo los ojos hacia el joven.

—¿Te ha sorprendido, eh?

Los ojos de Ives expresaban un indecible terror.

—Es imposible — balbució.

—Eso nos pareció también a nosotros. Pero las pruebas se fueron acumulando hasta que no nos quedó la menor duda.

—Pero...

—Ya sé que la catástrofe de la «Kon-Tiki» fue espantosa, pero tampoco fue ligera la del «Eagle». Era completamente imposible, tanto en un caso como en el otro, «que nadie hubiese resultado con vida».

—Tiene usted razón.

—Además, ¿por qué no necesitaba más alimento nuestro cuerpo?

—No lo sé.

—Porque no es tal cuerpo, sino una masa amorfa, de carne muerta... ¿Has intentado tomarte el pulso?

—No; es decir, intenté tomárselo a Hermann, pero entonces no poseía sensibilidad.

—¡Prueba ahora que la tienes!

Ives obedeció, pero no consiguió nada.

—No noto ningún latido.

—¡Claro! Con un corazón muerto, ¿qué latidos pensabas oír?

—¡Pero le estoy viendo a usted! ¡Y oyéndole!

—¿Y quién ha demostrado que los muertos no oyen ni ven?

—¡Es absurdo! Es una cosa que no necesita demostración.

—En la Tierra no, pero aquí es muy distinto. Estamos en un mundo «especial». No lo olvides.

—Entonces... ¿estamos muertos?

—Sí.

Hubo un silencio.

—No lo entiendo. ¿Y las flechas, los arcos, las lanzas?

—Igual que la astronave: alucinaciones.

—¡Me da vueltas la cabeza!

—También nos las dio a nosotros. Cuando llegamos a conocer la verdad, Fred y yo creímos volvernos locos; después, a medida que las pruebas se iban amontonando, llegamos a comprender y vimos las cosas con serenidad.

—Entonces la astronave que Hermann ha construido...

—No existe más que en nuestra imaginaron. Es algo difícil de explicar, porque, sin duda, es el primer caso que se da en el mundo. Unos muertos que, aun siéndolo, no lo son como los otros: unos cadáveres que andan, se mueven, piensan, quieren, odian... ¿Cuál no será la fuerza de sus deseos?

—»Para ellos, no convencidos de que «no son nada», todo lo que imaginan se convierte en realidad, se trata de un brazo, como en Hermann, o de dos piernas como en Gina.

—Pero ¿y los buitres? ¿Y las hienas?

—¡Pura imaginación! Restos, como dicen los psicoanalistas, del Súper-Yo destructivo, del Anti-Ego.

Y después de un silencio:

—El hombre es materia, átomos, y hay algo en él, o todo, que desea volver a la paz de la materia inorgánica, abandonando la molesta postura de la vida. De ahí esos instintos negativos de autodestrucción que se plasmaron en buitres y hienas.

»Después, al conseguirse un nivel de conciencia, el deseo de «volver a ser como antes», de poseer nuevamente la integridad orgánica, hizo que los brazos y las piernas surgiesen como por parte de magia.

—¡Es fantástico!

Miraba al viejo con asombro:

—Pero... si estamos muertos «en cierto modo», ¿cuándo lo estaremos de «verdad»?

John explicó:

—Lo estamos ya «de verdad», amigo mío. Lo que acurre es que en Tanos existen una serie de causas misteriosas que hacen posible que el período post-morten se prolongue de esta curiosa manera: como un remedo absurdo de la vida, como si el deseo de permanecer se mantuviese un poco más...

»Pero todo lo que nos ocurre: la pérdida de los cabellos, los dientes y este adelgazamiento fantástico no es más que la descomposición, la descarnación, un tanto mitigada, de todo verdadero cadáver.

»¿No te has fijado en Fred?

»Para él, el final de este colofón absurdo ha llegado. Y los gusanos, que estaban ansiosamente esperando el momento de empezar, han iniciado el banquete.

»Él es el único que ha muerto de verdad, definitiva y afortunadamente.

—¿Y los otros?

—¿El resto de la tripulación del «Eagle»?

—Sí.

—Esos se conservaron enterrados en una especie de cueva, que. Fred y yo descubrimos un día. En ellos el instinto de autodestrucción se desarrolló con más fuerza. Por eso tenían aquel aspecto.

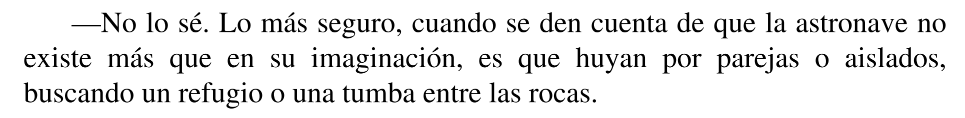
—¡Horrible!

—Ahora, yo fui a despertarles.

—¿Por qué?

—Porque deseo que todos terminen esta broma pesada que nos ha hecho Tanos.

—¿Y qué va a ocurrir con los otros?


—No lo sé. Lo más seguro, cuando se den cuenta de que la astronave no existe más que en su imaginación, es que huyan por parejas o aislados, buscando un refugio o una tumba entre las rocas.

—¿Y usted?

Bajó el tono de la voz:

—A mí me queda muy poco. Al atardecer estaba echado junto a Fred y los gusanos empezaron conmigo. Tuve que levantarme y huir.

Ives se estremeció.

Entonces el viejo se puso en pie y, mirándole, dijo:

—Debo irme.

—¿Dónde?

—Con Fred.

—¡No haga eso!

Sonrió.

—Ha llegado mi hora y puedes estar seguro de que lo deseaba ansiosamente. También llegará la tuya, y ojalá sea pronto.

Y se fue.

* * *

¿Qué ha ocurrido después?

»Si intentase acordarme de todo, no lograría una imagen clara, como la que deseo enviar en este mensaje.

Pasó mucho, muchísimo tiempo — para mí fueron como siglos o milenios, imposible saber cuánto—. Y los fui descubriendo.

Los descubrí a todos.

Primero a Hermann.

Estaba con Helen, sentados en el suelo, reducidos a esqueletos—lo reconocí por los zapatos y a ella por una pulsera, «terminados para siempre».

A los otros los conté más que reconocí; ésa es la verdad.

Pero estaban por parejas y supuse que Luigi y Gina, Jack y Gloria, William y Pat acabaron juntos.

En cuanto a Lina.

No sé si uno de los esqueletos pequeños era él de ella o el de algún tripulante del «Eagle» a los que yo no conocía con detalle.

Creo que era el de ella.

Aunque, ¿qué más da?

Desde luego, la cuenta no fallaba, ya que encontré veintidós esqueletos.

Esta misma mañana he ido a ver los de Fred y John.

También he reconocido el de mi viejo amigo por el reloj cronógrafo que llevaba. Y al recordar nuestros paseos en la noche, nuestras charlas y aquella prudencia que tuvo para explicármelo todo...

Sí, la verdad era mucho más horrible de lo que yo podía imaginarme.

Ahora, cara a ella, acostumbrado a meditarla veinticuatro sobre veinticuatro horas — si es que este planeta cuenta como el nuestro—, la cosa no aparece tan lúgubre, tan macabra, tan alucinante como entonces.

Aunque...

¡Quién sabe los esfuerzos que he hecho para enviar este mensaje!

No me pregunten cómo he logrado que unos trazos sonoros quedasen impresionados en la cinta, ni cómo encontré este cohete auxiliar de emergencia, ni cómo voy a enviarlo.

Porque, después de haber oído a John, creerán que todo esto no es más que la alucinación de un pobre muerto.

¿Y si lo fuese?

Pero yo sé que no lo es y que esto llegará a manos de los hombres, de mis hermanos de raza, avisándoles de un gran peligro que ninguno de ellos se atrevería a concebir.

¡Tiene que llegar!

He puesto en ello demasiado empeño, «haciendo trampas a la propia muerte», aprovechándome de las condiciones especiales de Tanos.

¡Qué nombre tan bien elegido!

Por eso, esta noche—y he de decir que los gusanos empiezan a rondarme; hace un rato escapé de unos cuantos—, quiero enviar este cohete hacia la altura del espacio, camino de la Ruta del Sistema...

Y éste es mi mensaje... ¡Cuidado, astronautas!

Es preferible cualquier cosa a llegar aquí. Incluso la muerte.

Pero... «la muerte de verdad», nuestra vieja amiga la muerte que es una liberación y un fin lógico.

No ésta...



UN ARMA TERRIBLE, una espoleta que ponía en funcionamiento el explosivo más poderoso conocido hasta la fecha.

¿Dónde se escondía?

Era una simple cajita de música de inocente apariencia, pero capaz de destruir todo un sistema planetario en un segundo.

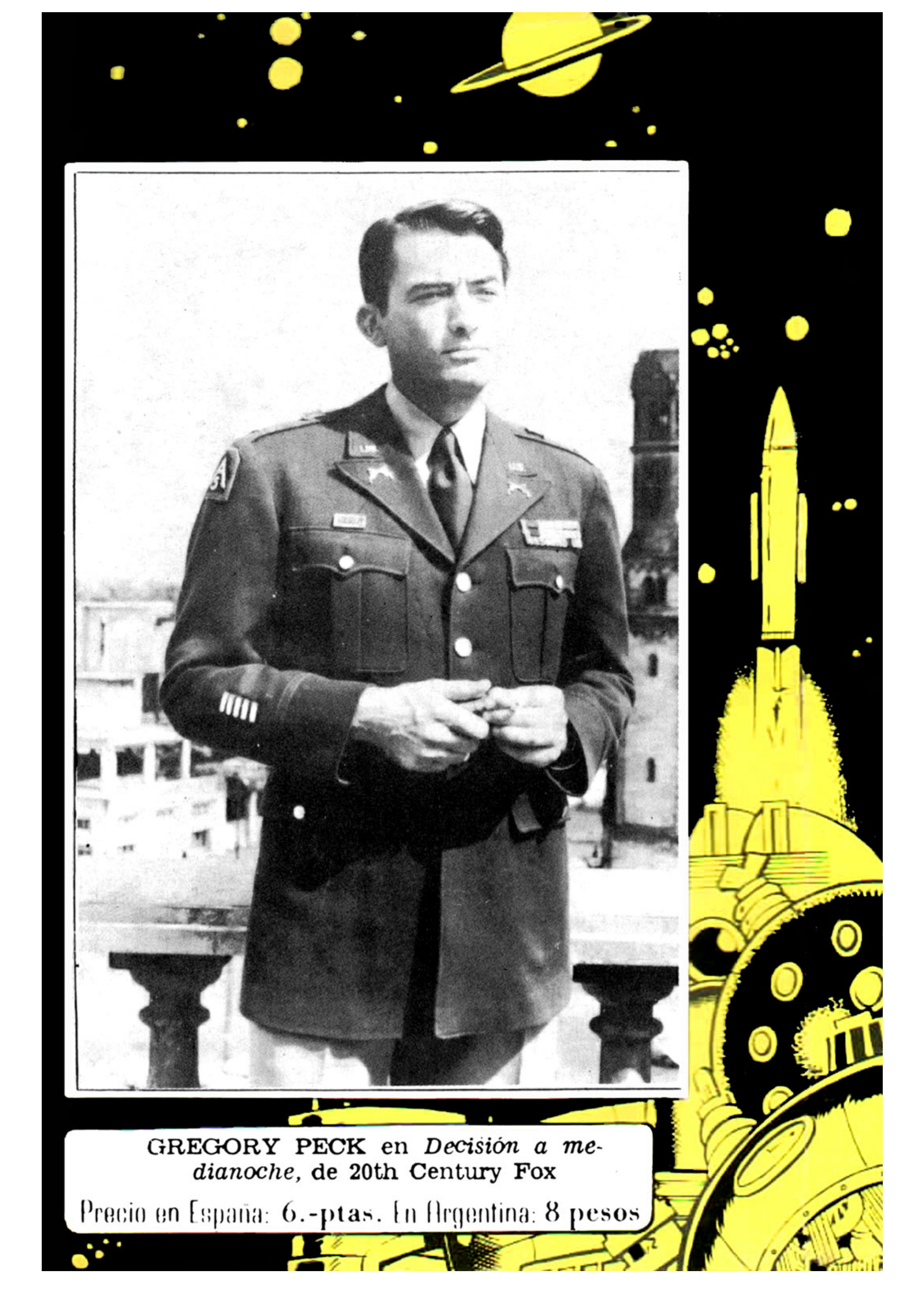
Era...

LA ESPOLETA

Manos ambiciosas querían conseguirla para llevar a cabo sus siniestros planes, pero...

LA ESPOLETA

Una novela de acción e intriga, escrita por uno de los «grandes» del género de fantasía científica: CLARK CARRADOS.



GREGORY PECK en *Decisión a medianoche,* de 20th Century Fox

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos